

XXXII
Certamen

de Poesías y Narraciones Breves

HERMANOS CABA



Pedro
CABA

Carlos
CABA

Excmo. Ayuntamiento de
ARROYO DE LA LUZ



XXXII
Certamen de Poesías
y
Narraciones Breves
HERMANOS CABA



DIPUTACIÓN DE CÁCERES

CERTAMEN LITERARIO HERMANOS CABA 2020

Autores:

José Manuel Regal García
Isabel María Pérez Rodríguez
Juan de Molina Guerra
Luis Gabriel David García

Edita:

Diputación Provincial de Cáceres.

Diseño y Maquetación:

Departamento de Imagen de la Diputación de Cáceres.

Impresión:

Imprenta Provincial de la Diputación de Cáceres.

Depósito legal: CC - 335 - 2019.

Cáceres, octubre de 2020.

Prólogo 9

Poesía

La marcha negra. *José Manuel Regal García* 13

A la intemperie. *Isabel María Pérez Rodríguez* 21

Narraciones

Muerte de un miliciano. *Juan de Molina Guerra* 27

**La futbolista de los pies descalzos y el niño
que no quiso ser soldado.** *Luis Gabriel David García* 43

Certamen Literario Hermanos Caba

CARLOS Y PEDRO CABA LANDA, los Hermanos Caba, han sido unas personalidades arroyanas del siglo xx. En honor a ellos se constituyó en 1988 este Certamen Literario.

Carlos el mayor, nació en 1899. Aunque vio la luz en Zaragoza, antes de cumplir dos años se trasladó con sus padres a Arroyo de la Luz, por lo que siempre se consideró arroyano

Tras la temprana muerte de sus padres, se marchó a Madrid junto con su hermano Pedro. Para poder subsistir, Carlos actuó de guitarrista en un café cantante hasta que, en 1925, aprobó unas oposiciones para funcionario público, empleo que le permitió dedicarse a su vocación de escritor y periodista. En autoría compartida con su hermano Pedro, publicó en 1933 el ensayo Andalucía, su comunismo y su cante jondo, que acaba de conocer su tercera edición. Colaboró de manera asidua en periódicos gallegos y llegó a ser miembro correspondiente de la Real Academia Gallega. Tradujo del inglés y del francés ensayos de psicología y criminología. Y publicó varias novelas A su muerte dejó manuscritos inéditos de novelas y memorias.

Pedro; vio la luz primera en Arroyo de la Luz, el día 2 de diciembre del año 1900, en la arroyanísima Calle del Rollo, es el gran ensayista, novelista y poeta. Se trasladó a Madrid con su hermano por la causa citada anteriormente, donde comienza los estudios de Filosofía y Letras y Ciencias Exactas, que tuvo que compaginar con diversos oficios para poder subsistir.

A los veinte años publica, en autoría compartida con su hermano Carlos el ensayo filosófico “Las ideologías del siglo “, perdido en la actualidad. . En Madrid descubre a Jose Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Julián Besteiro. Acude a las tertulias de los Hermanos Machado y traba amistad con Ramón Pérez de Ayala y Federico García Lorca, quien le llama “el sabio inocente”.

En 1930 escribe en colaboración con su hermano Carlos el ensayo sobre el alma andaluza y la música jonda “Andalucía, su comunismo y su cante jondo”, editado en 1933 por la Biblioteca Atlántico. En 1934 escribe su primera novela, Las Galgas, que obtuvo el premio Gabriel Miró tras publicarse en la editorial Juventud. Tras la Guerra Civil fue trasladado a Valencia como funcionario postergado, donde desarrolló una intensa vida cultural. Allí, en el café El Gato Negro, mantuvo una tertulia literaria a la que asistían Angelina Gatell, José Hierro, Ricardo Zamorano, y Alejandro y Vicente Gaos, entre otros. En 1959 le invitó la Sociedad Antropológica de Buenos Aires para dar una serie de cursos y conferencias. Hacia el final de su vida fue nombrado por unanimidad miembro de honor de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura. Su extensa obra literaria y filosófica incluye más de veinte libros y numerosos artículos en revistas especializadas.

El recuerdo de su pueblo natal, siempre ha permanecido en su obra y su vida, como lo demuestran estas palabras de Pedro:

“Cuando la vida me echó a andar por el mundo, yo también experimenté – y experimento esa agridulce nostalgia de la ausencia y la emoción triste de su lejanía”.

Prólogo

Carlos Caro Domínguez
Alcalde-Presidente de Arroyo de la Luz



Como Alcalde-Presidente de Arroyo de la Luz, una localidad estrechamente ligada a la cultura y a sus múltiples y variadas manifestaciones, es para mí un auténtico honor poder escribir, un año más, el prólogo de esta publicación sobre nuestro más que afianzado, Certamen Literario, el Certamen de Poesías y Narraciones Breves Hermanos Caba.

Un certamen que permanece en el tiempo, a pesar de que nuestro país, como el resto del mundo, esté azotado por la COVID-19, y que en situaciones adversas sabe sobreponerse. De ahí que en esta edición hayan participado el doble de escritores que en la edición anterior, superando los doscientos.

Dentro del ámbito cultural, este certamen posee un entrañable aprecio para el municipio arroyano, ya que es un homenaje para dos insignes vecinos en nuestra localidad, Carlos y Pedro Caba, que constituyen dos de las personalidades arroyanas más destacadas del pasado siglo xx.

Y precisamente como homenaje y reconocimiento a la figura de ambos se creó este certamen literario en el año 1988, celebrándose ahora la edición número XXXII.

Arroyo de la Luz, es y siempre ha sido un pueblo de referencia y a la vanguardia en lo que a cultura se refiere, como demuestra el firme compromiso de nuestro ayuntamiento con la organización de una gran variedad de actos relacionados con el teatro, el cine, la música, la poesía, la literatura, la fotografía, la pintura...

Actividades de este tipo son la mejor manera posible de fomentar nuestras tradiciones y nuestro patrimonio cultural.

No podemos olvidar que somos las administraciones públicas las principales obligadas en el cuidado y mantenimiento de nuestra cultura, como uno de los apartados más destacados de nuestra apuesta decidida por una forma de vida y un desarrollo sostenible en el medio rural.

Es por ello, que nuestro equipo de gobierno quiere agradecer públicamente a la Diputación de Cáceres que haya hecho posible que esta publicación pueda salir a la luz un año más.



Poesías

XXXII CERTAMEN DE POESÍA
"HERMANOS CABA" 2020

La marcha negra

José Manuel Regal

*"A los mineros que participaron en la Marcha Negra,
en junio de 2012"*

*De la mina vengo, amigo,
de la mina compañero.
Soy minero, barrenero.
Ven conmigo.*

Rafael Alberti.

I

Son casi dioses,
con el sol de su perfil
y el alma de grisú
se adentran en la tierra (útero divino)
y en sus concavidades instauran sus dominios.

No los amedrenta
ni la soledad de los ríos
donde van las sombras a postrarse en sus orillas,
ni la precariedad de los días
en el dominio plomizo de la tarde,
ni las explanadas solitarias que se quiebran en la noche.

Le hablan de tú a Dios
sabiéndose un ejército de mil frentes;
desde la proyección de sus fibras
capaces de estoicos sufrimientos,
hilvanan canciones de silencio, muerte,
de vigilia y hambre.
Me faltan sílabas para mencionar sus nombres
y dígitos para contar corazones.
Frente a ellos,
su lado, es el lado de mi ser,
en el paso cansino, pero firme, camino a no sé donde,
en la marcha negra.

II

Llegaron oliendo a madrugada,
a dinamita que emerge por las venas;
dejan óxido, sus besos a su paso,
en promiscuas derrotas anunciadas de antemano.

Son la ola que besa
la orilla de los sueños,
la memoria de tanta sangre
dejada en el camino,
de muertes engarzadas a la noche
y el hambre penitente bajo luces silenciosas.

Los muertos blasfeman,
mientras se desbasta el firmamento
en sus orillas,
a la inexistencia de un dios arrogante
por haberse dormido a mitad de faena
o haberles fabricado con palabras inconexas.

III

No han podido derribarlos.
En cada huelga,
en las barricadas,
en las demandas y peticiones,
porque no han caído los ídolos mineros;
vistieron con traje de faena
al Che, a Bolívar y a Arafat,
por eso la muerte
no es más que un tránsito, y al cabo,
ninguna casa es duradera.

No han podido derribarlos.
batallones de mercenarios de ávidos depredadores,
–a un sueldo razonable–
y a golpe de tolete y gases lacrimógenos
rasgan el velo de los sueños
de quienes quiebran el orden establecido.

No han podido derribarlos, os lo aseguro.
Las cuencas serán pedregales,
crecerán las grandes superficies, en detrimento,
de los mercados de primera necesidad.
Harán banquetes de sus desgracias,
desbaratarán los quioscos de chucherías
y la poesía no será siquiera
un canto de esperanza.

Aún así, la dignidad
permanecerá incólume en los corazones
desgastados de fatiga
bajo la luna enferma que alumbra
los silencios oscuros de sus días.

IV

Ningún misil ha llevado tanto desprecio,
ninguna munición tanto odio
como las balas de goma
o los botes de humo.

Polvo de muerte, como una estela,
para incendiar la bandera enarbolada
de los míos.

Las cuencas quedaron asfixiadas, sin aire,
es el rencor de un viento triste
que sale impune de una fiesta equivocada.

Ayer fue una tierra fecunda,
florecieron castilletes
en el otoño permanente
de la epidermis negra de la tierra.
El alto precio no admite alocuciones,
mis palabras se atrincheran en los pozos
mezcladas con la sangre y con el barro.
Hoy, en el corazón de los valles
se desvanecen nombres, y las fechas,
son epitafios inconclusos;
la luz de la tarde empieza a adelgazarse
en el enigma oscuro de sus pasos.

V

En las madrugadas afónicas
se anudan mis palabras a sus pasos cansados.
No llevan zapatos de Bennett
ni de Kenzo,
ni de Santoni.
Son zapatos que no se confabulan con los dioses,
que proclaman la resistencia,
ese vendaval de voces en el polvo, registrando gritos,
en el friso de un cielo inexistente,
la masa humana de la marcha negra.

Biografía

José Manuel Regal García.



JOSÉ MANUEL REGAL GARCÍA. Mieres, (Asturias) 1955. Licenciado en Geografía e Historia por la Univ. de Murcia. Lic. en Antropología Social y Cultural por la UNED.

Publicaciones: Romance del hermano minero, 1983; El silencio en la memoria, 2001; Besos para las perlas del collar de la luna, 2005; Donde florecen los cerezos, 2007; Este lento otoño de mis ojos, 2010; La vigilia de las horas, 2012. De la nada la noche. Ritos de paso, 2017; Es incluido en antologías: Trazado con hierro, Vitrubio, 2002; X Rincón de poesía, 2003; 29 edades del verbo, 2006; las Letras, (Antol.) 2006; Florilegio poético, Aermu, 2006; Cartagena, 100 años de poesía, 2007; con buenas palabras, 2007; M^a Teresa Cervantes, (Ant.), 2015. Refugiados. Playa de Ákaba, Madrid, 2016. Por un puñado de poemas, Antología, Madrid 2016; Cuadernos de la Santa. Totana, 2017, Revista literaria AUCA, Alicante...

Premios: Premio de poesía Emilia Pardo Bazán, 2003, De Relato corto Emilia Pardo Bazán, 2004; Prem. Humberto Tenedor, Abarán, 2005; Prem. Luis Chamizo, Barcel. 2005; Prem. Manuel José Quintana, Cabeza de Buey, Badajoz, 2006, Prem. Villa de Alguazas, 2007; Prem. Julián Hernández Cañas, Madrid, 2007; Prem. Noctiluca, Rincón de la Victoria, Málaga, 2008; Prem. Universidad de Deusto, Bilbao, 2008; Prem. Diego Bautista Prieto, Jimena de la Frontera, Cádiz, 2008; Prem. Aurelio Guirao, Cieza, Murcia, 2009; Prem. Al-Andalus, Burgos, 2010; Prem. Universidad de Sevilla, 2010; Prem. Dafne, Oviedo, 2013; Prem. Uned Cartagena Ex aequo, 2014; Prem. Semillero Azul, Barcelona, 2015;

Prem. Versos y Agua, Cartagena, Murcia, 2015... Prem. de Poesía "Alejandro Hernández Serrano" Pedro Muñoz, Ciudad Real, 2016; Premio de Poesía del IX certamen literario Ayto. de Renedo de Esgueva, Valladolid, 2016... Premio de Poesía poeta Marcelino Arellano Alabarces, Ítrabo, Granada, 2018. Premio de Poesía "8 de marzo", Molina de Segura, Murcia, 2018, Premio Literario Villa de Pozo Estrecho, 2020...

XXXII CERTAMEN DE POESÍA
"HERMANOS CABA" 2020 (DENUNCIA SOCIAL)

A la intemperie

Isa Pérez Rod

Es una primavera extraña, la nuestra.
Equinoccio de cerrar las puertas,
mientras los días se hacen más largos
y más larga la espera.

Bajo los techos
nos apaciguamos como hormigas rojas
en nuestros laberintos de cemento.
Las semanas se estiran
como chicle usado
que amenaza con no poder más,
pero siempre encontramos
algún consuelo:

“Podría ser peor.
Al menos, estamos a cubierto.
Afuera
la lluvia cae sobre mojado
y sobre mascarillas desechadas
que alguna vez
besaron a su dueño.

El virus es inodoro e insípido,
como éter en los descansillos.

Los árboles crecen amenazadores
en las aceras
y los pájaros vuelven a creerse
dioses de la creación.

La calle ya no es nuestra.
Pero podría ser peor.

Al menos, como poco,
estamos a cubierto”.

En un portal de negocio fracasado
alguien se sienta.
Aquí el alcohol aún se bebe
y desinfecta de dentro afuera
todos los remordimientos.

Alguien tiene un palacio de cartón,
espacioso, bien iluminado,
y una manta para su perro.
Alguien tiene para sobrevivir hoy,
quién sabe si para mañana.

Alguien no respeta los toques de queda,
las fases de la epidemia, los ciclos lunares...
No tiene miedo a las multas
(¡el nuevo coco, los nuevos fantasmas!)
porque no se puede restar
nada a la nada.

Si era invisible antes,
imagina ahora
que el contacto humano
se mide con cuentagotas.

Ante la orden “Vuelve a casa”,
sonríe y dice “Esta es mi casa”.

La cuarentena a la intemperie
es más cuarentena.

Bajan las temperaturas hoy,
las nubes rasgadas
acechan y acosan.

Y será una extraña, extraña primavera,
pero el cielo llora sobre los que no se cubren,
igual que ocurre en todas.

Biografía Isa Pérez Rod



Isa Pérez Rod (Cádiz, 1990) es licenciada en Medicina y estudiante de Psicología. Actualmente reside en Madrid donde trabaja como médico pediatra. Fue ganadora del Premio Internacional de Poesía Covibar-Ciudad de Rivas 2020 por su poemario “La Pecera Azul” (pendiente de publicación por Ed. Vitruvio). Ha participado en diversas antologías de poesía y narrativa, como “Cada quien su cuento” (Iberoamérica Ebooks, 20014) y “El día que todo esto acabe” (S-Mal Poesía 2020). Desde 2020 es participante activa en la tertulia literaria Rasca-mán (Madrid).



Narraciones

XXXII CERTAMEN DE NARRACIÓN
"HERMANOS CABA" 2020

Muerte de un miliciano

Juan de Molina
Seudónimo: "Lauro"

David Freeman oye dos timbrazos consecutivos y se sobresalta. Suelta la pistola y se dirige a la puerta de entrada de su apartamento, ya el arma en el cajón del escritorio.

Tras identificarse y firmar el recibí, el cartero le entrega un paquete del tamaño de un libro de escaso grosor. Mira el reverso y no encuentra remitente, acaso un dibujo que sugiere una rosa.

Vuelve al estudio en penumbra y deja el paquete sobre el escritorio. Mira el cajón cerrado y duda un instante. Una rosa, piensa para sí, y no acaba de entender por qué ha sonreído.

Algo en su interior ha cambiado. Ha pasado la noche en vela y la habitación huele a humo y a restos de ginebra. De repente le ha asaltado la curiosidad. Descorre las cortinas y abre la ventana. Allá abajo, sobre las verdes aguas del río Hudson, una gabarra cargada de carbón remonta la corriente.

Enciende un cigarrillo y piensa en el paquete y en la rosa. Duda si concluir lo que había comenzado. ¿Por qué ahora la rosa? ¿Qué misterioso arcano lo concitaba a la duda?

Pega una honda calada, los dedos temblorosos, la mirada perdida sobre el ancho estuario, Emma en la memoria como quebrado vidrio. Vuelve a aspirar el humo. Los dedos con un rastro de temblor, la duda postergada.

Arroja al vacío lo que le queda del cigarrillo y entra en la habitación. Una luz oblicua y geométrica ilumina con fuerza la estancia. Se sienta ante el escritorio y alza la vista. Mira al miliciano y al fusil que se escapa de su mano derecha y un extraño presentimiento le acomete.

El cartero le ha dicho: Carta de Francia, y, entonces, mira el matasellos con detenimiento. Cree leer la palabra Biarritz. El temblor ha dejado paso a la agitación. Rompe el envoltorio con apasionamiento, como si la vida cobrase de nuevo sentido.

Dentro hay una carta mecanografiada y un cuaderno con manchas de sangre. Con cuidada caligrafía y caracteres góticos, puede leerse en la portada descolorida la palabra DIARIO en colores rojo y negro. El tiempo ha dejado su impronta amarilla sobre las páginas que un día fueron blancas.

Las manos que hace poco acariciaban el frío pavoroso del metal, repasan ahora, con mimo de orfebre, las hojas escritas a lápiz.

Por suerte, la rosa de sangre de la portada no ha traspasado con su estela infame la gruesa pasta del cuaderno, sólo un tenue rastro bermejo, como un pétalo desvaído, aparece en la parte superior de la primera página del diario.

Por alguna razón, ahora se siente bien, un sentimiento de alivio lo conforta, a pesar de que aún ignora la importancia del paquete que acaba de recibir.

Con cierta excitación, deja el cuaderno sobre el escritorio y toma entre sus manos la carta, fechada en Alcoy en la primavera de 1957.

“Sr. David Freeman, perdone mi atrevimiento. Usted no me conoce, pero espero que me conceda el tiempo suficiente para concluir la lectura de esta carta.

“No ha sido fácil conseguir sus señas. Sólo gracias a la tenacidad y a los contactos de Justo Punset, mi padre oficial, hemos conseguido que la agencia *Mágnium Photos* nos avalara ante la revista *Life* para llegar hasta usted.

“No menos aciaga ha sido la empresa de hacer salir el paquete por la frontera con Francia. Papá Justo se ha jugado el tipo. Él pertenece al Movimiento, y es un hombre de bien, por eso puede moverse con soltura entre las fisuras del Régimen. Por eso puede viajar al extranjero en según qué contadas ocasiones para asistir a congresos. Pero se juega el tipo si lo descubren. No hace falta que le diga cómo están por aquí las cosas.”

David Freeman detiene la lectura de la carta. Un sexto sentido le indica que el envío que acaba de recibir tiene que ver con su amigo Ernest y su estancia en España. Instintivamente levanta la cabeza y mira la litografía enmarcada que preside la pared del escritorio. El icono fotográfico de la guerra civil española fulge bajo la luz del amplio ventanal. Si acaso Emma, pero no. No hay retorno posible. Ella lo había dejado muy claro hacía tan sólo dos semanas.

No puedo más, David, le había dicho. Tú vives para tu trabajo y sabes que acabarás como el húngaro, despanzurrado en cualquier conflicto remoto. Es vuestro sino. Piensa en Gerda...

El reportero de guerra ha vuelto a temblar. ¿Por qué Emma tan incisiva? ¿Por qué se refería a Robert como *el húngaro*?

Enciende un cigarrillo y se asoma al balcón. Emma o la gloria, el éxtasis en la búsqueda de esa instantánea

esquiva que, quizá algún día, lo inmortalice, o el tormento de la vida queda, el placer azaroso y mezquino de la rutina, compartiendo las horas entre las clases anodinas en la universidad y los artículos reiterativos en la revista.

¿En qué momento Emma en la encrucijada de su vida? ¿Por qué su belleza convulsa, su pulso tenaz por marcarle las pautas? ¿Por qué no podía ser como Gerda Taro?

Observa a las gaviotas allá al fondo, sobre el agua oleosa de los muelles, su espiral vigilante, su incesante acechanza que le evocan la pasión de Ernest y Gerda, la emoción de su vigilia constante detrás del visor de sus respectivas cámaras, dueños de un destino común, de un amor indisoluble por la fotografía, recorriendo agencias y redacciones con sus reportajes que son rechazados de continuo, un juicio de Budapest y una alemana que se conocen en Francia cuando él huye del nazismo creciente, una mezcla inverosímil de la que nacen misivas amorosas mientras mendigan trabajo por las editoriales de media Europa, hasta que tienen la feliz idea de inventarse un seudónimo con acento norteamericano, Robert Capa, que utilizarán ambos para salir del anonimato, siendo uña y carne en la emoción común por el reportaje de guerra, viviendo en primera línea los conflictos constantes de este siglo agitado que les ha tocado vivir.

No me hables de Gerda, le había dicho Emma en una de tantas discusiones dolorosas, no intentes compararme con ella. Gerda está muerta, ¿acaso lo has olvidado?

Siempre la misma acidez, siempre el mismo tono corrosivo. Mujeres, se dice, aunque sabe que no es así, que no puede generalizar, ahí estaba Gerda si no para confirmarlo.

De nuevo el fluir del río y el puñal del tabaco lo confortan. Aspira una honda calada, arroja el cigarrillo lejos

y lo observa mientras se precipita al vacío. Piensa en los trabajos empíricos de Galileo acerca de la caída libre de los cuerpos, intenta calcular la distancia que lo separa del suelo, siente una dentellada morbosa en el estómago, un deleitoso vértigo, la paradoja de la dicha que es dolor, Emma como un reloj de arena instalada en los intersticios de su tiempo inane, Emma en el cruce de caminos de su desventura.

Vuelve a la habitación, se sienta frente al escritorio y retoma la lectura de la carta.

“A papá lo sorprendió la guerra estudiando medicina. A esta vocación hay que añadir su amor por la literatura y la pasión inconfesada por mi madre.”

“Alcoy es pequeño, y una mujer como ella, hermosa y espigada, no pasaba desapercibida para los hombres. Sólo le diré que mamá era costurera de profesión y que Justo Punset, que estaba enamorado de ella hasta los puros tuétanos, se hacía encargar más trajes de los que realmente necesitaba, sólo por el placer pequeño de que mi madre le tomara las medidas y supervisara las pruebas. Pero, lo que es la vida, mamá quería a Liberto, un resuelto anarquista por quien ella bebía los vientos. Él es el autor del diario.”

David Freeman entiende ahora el cromatismo bicolor de la palabra DIARIO, sus triángulos opuestos en rojo y negro que colorean el epígrafe de la portada. Entonces toma el cuaderno y lo abre por la primera página.

En tiempos de guerra, un hombre necesita creer en algo, aferrarse a algo. Yo creo en la revolución, en la liberación del hombre. Creo en la Idea, por eso lucho. Y creo en Rafaela, sostén de mi amor, mi firme pilar, mi rosa fragante.

Si caigo en la batalla, ruego a quien encontrase este diario que lo haga llegar a Rafaela Mayo, la costurera más hermosa de Alcoy. Por ella lo escribo, para mantener vivo en la distancia el vínculo que nos une.

*No hay flor más bella que la rosa
ni rosa más bella que tú.*

El reportero no puede reprimir una leve sonrisa. Siente que le hubiese gustado conocer al joven anarquista. ¿Qué tienen las rosas? ¿Por qué las rosas entre Ernest y Gerda, entre Liberto y Rafaela? ¿Por qué no existen rosas entre él y Emma? ¿Qué oculto misterio gobierna el destino de las personas, el flujo lacerante de las mareas del amor?

Echa hacia atrás la cabeza y suspira. Vuelve a observar al miliciano herido bajo la luz creciente de la bahía. ¿Qué indesvelado secreto guardan las tumbas de sus amigos? ¿Qué significaba aquella hermética sonrisa que siempre esbozaba Robert cuando le preguntaba por la autoría de la famosa foto? ¿Quién pulsó el botón glorioso? Gerda había muerto en Brunete aplastada por un tanque. Había muerto con las botas puestas, siguiendo la máxima de Robert: “Si tus fotos no son lo suficientemente buenas es que no te has acercado lo suficiente.” Pero lo suyo fue un accidente. Una huída precipitada apoyada en el estribo de un coche, un frenazo inesperado, una caída subrepticia y la máquina de acero que no puede esquivarla. Efectos colaterales. Gajes del oficio. Jugar con fuego, que diría Emma tan corrosiva.

Julio de 1936

El andén es un hervidero de gente. Hay carabineros, soldados y milicianos. Todos dispuestos a la lucha. El 5º

Regimiento parte hacia Madrid para levantar fortificaciones en sus alrededores. He conocido a un voluntario de Orihuela de tez bruna y mirar penetrante, es cabrero y poeta. Le he hablado de ti, Rafaela, y le he enseñado tu foto. Aquí mismo, mientras aguardamos a nuestros respectivos trenes, me ha dejado escritos estos versos:

*Novia sin novio, novia sin consuelo,
te advierto entre barrancos y huracanes
tan extensa y tan sola como el cielo.*

Él también deja novia en el pueblo. Josefina es su nombre. Cuando le he dicho que comparto su pasión por las letras se ha lamentado de que no tengamos el mismo destino. Luego hemos oído el silbido de las locomotoras y las órdenes imperiosas de los jefes.

David Freeman se imagina un rompecabezas que comienza poco a poco a tomar cuerpo. Ha conseguido, no sabe por cuanto tiempo, encerrar a Emma en el desván del olvido. Ya no siente los dedos trémulos, que ahora recorren la textura de la rosa de sangre con pulso sereno, en una dulce caricia que lo transporta a los tiempos de la luz, cuando conoce a Robert en el Norte de África bebiendo té verde en la medina de Casablanca, y luego ya siguiéndolo a todos lados, aprendiendo de su arrojo, a la sombra del reportero que ha conseguido el laurel de la fama por la foto de la muerte de un miliciano en la guerra ignominiosa de España.

Vuelve a la levantar la vista hacia la litografía gloriosa y su mente lo transporta hasta el desembarco de Normandía, hasta la playa Omaha, hasta el silbido atronador de la

metralla, su bautizo de fuego junto al gran hombre. Toma la carta y sigue leyendo.

“He tenido dos padres, Liberto y Justo. Dos hombres que han marcado mi vida, cada uno a su manera. De Liberto no le diré mucho. Por desgracia, no llegué a conocerlo en vida, y usted mismo lo irá descubriendo por su propio diario. Sólo le diré que era mi padre biológico. Había dejado embarazada a mi madre antes de partir para el frente. Más tarde encontraría la muerte en la batalla de Teruel.

“Créame si le digo que mi vida ha estado llena de prodigios azarosos. Porque la vida en Alcoy, en aquel tiempo, no era nada fácil para una madre soltera. Pero la familia Punset sabía del amor de Justo por mi madre, así que, desde mi nacimiento, nunca nos faltó asistencia.

“Más tarde, cuando ya supimos de la muerte de Liberto en el frente de Teruel, Justo me dio sus apellidos y se casó con mamá, reconociéndome como su legítima hija.

“Y aquí ocurre el primero de los prodigios. Porque Justo Punset, siendo como era descendiente de familia patricia, militó durante la guerra en el bando nacional en el Cuerpo Médico, como enfermero voluntario. Fue él el que reconoció el cadáver de Liberto en el campo de batalla. Y fue él el que descubrió el diario que ahora le acompaño debajo de la camisa ensangrentada, junto a la herida de metralla por donde se le escapó la vida.”

David Freeman se toma un respiro. Siente que una nueva pieza viene a rellenar el rompecabezas de su vida. Aún no sabe cómo, pero algo le alerta que está en la senda correcta. Entonces, deja la carta y toma el diario. Repasa las páginas hasta que encuentra una anotación fechada en septiembre. Lee:

Espejo, 7 de septiembre de 1936

Esta noche han llegado al pueblo dos norteamericanos. Son reporteros de guerra. Un hombre y una mujer. Están del lado de nuestra causa. Han presentado sus credenciales al comandante Pérez y éste me los ha asignado para que les sirva de guía. Les ha dicho que soy el más ilustrado del batallón. Ellos han dicho OK moviendo mucho la cabeza, y me han estrechado la mano con una sonrisa. Se han alojado en una pensión y me han invitado a jamón y café. Yo he aceptado, a pesar de que ya habíamos comido el rancho.

Hoy ha sido una jornada para no olvidar. Por la mañana he recibido carta de Rafaela, donde me cuenta del estado de su embarazo y que, Justo Punset, en medio de un permiso para visitar a su madre enferma, se ha llegado a la sastrería para que ella le tome las medidas para un nuevo traje. Sus compañeras se han hecho guiños y se han dado con el codo mostrando risitas, pero ella le ha atendido como es su obligación. Gracias a él y a su influyente posición en el partido ha evitado que los de su bando la molestaran todo este tiempo.

Por la noche han llegado los fotógrafos, y el comandante me ha elogiado delante de mis compañeros. Hasta me ha dado un poco de vergüenza.

He besado tu foto, Rafaela, y luego la he guardado en el bolsillo del lado del corazón. Y ya me echo a dormir, pensando en ti y en la criatura que llevas dentro mientras espero que me llegue el sueño.

Espejo, 8 de septiembre de 1936

El día ha amanecido luminoso y despejado. Con el permiso del comandante Pérez he llevado a los extranjeros a las

afueras del pueblo. Hablan nuestro idioma con dificultad, pero nos entendemos. Me han dicho que se llaman Gerda y Ernest, respectivamente, y que son novios. Me han preguntado si me suena el nombre de Robert Capa, pero les he dicho que no. Hemos inspeccionado los alrededores buscando vistas. Les he dicho que el enemigo está por la parte de Montilla, a unos quince kilómetros. Ellos se han sorprendido del silencio del campo en plena guerra, y yo, acordándome de Heinrich Heine, les he dicho que no hay nada más silencioso que un cañón cargado.

A la hora de la siesta, el comandante me ha autorizado, junto a otros milicianos, para que la pareja nos haga fotos. Hemos subido hasta la loma de Las Dehesillas y hemos ensayado muchas posturas. Yo he simulado que me pegan un balazo y que caigo hacia atrás con el brazo derecho extendido y el fusil desprendiéndose de mi mano. Les ha gustado mucho mi expresión y han dicho OK, OK, muy satisfechos.

¿Te imaginas, Rafaela, si tengo madera de actor?

Viejo zorro, masculla David, evocando a su maestro y amigo, mientras piensa que el mejor escribano echa un borrón, que la vida de los seres humanos es un piélagos de luces y sombras, y, entonces, lo ve, ve a Robert el 6 de junio de 1944, el famoso día-D, con su Leika por más arma, desafiando a la muerte en la playa infernal, lo ve en la liberación de París (lástima de Gerda), galardonado por Eisenhower con la Medalla de la Libertad, llorando como un niño delante del pórtico de Notre Dame, preso de tantas emociones, y lo ve la madrugada fatídica, el 25 de mayo de 1954, mientras cubre la Primera Guerra de Indochina. Ha sido llamado por la revista Life para reemplazar a otro

fotógrafo en Vietnam, y él acude a la llamada del tigre, y se une a la expedición del ejército francés que se interna en una espesa zona boscosa, sin saber que el destino le ha marcado la hora del encuentro con Gerda, que una mina lo espera bajo la hojarasca, que ha llegado la hora de que muera el hombre y nazca el mito, la hora de la gloria efímera ¿o, acaso, imperecedera?

Ahora más que nunca siente el vacío que le ha dejado Ernest, así que toma la carta y continúa leyendo, antes de que Emma colonice su dolor.

“Antes de la guerra, mi padre se movía en los círculos literarios alicantinos. Era un hombre de letras. En Orihuela había participado en la tertulia de Ramón Sijé y había conocido allí a Miguel Hernández. Más tarde, cuando el poeta es encarcelado en el seminario de San Miguel, convertido en prisión, y depauperado ya por una tuberculosis pulmonar aguda, intercedería por él ante el canónigo don Luís Almarcha, a riesgo de señalarse como desafecto. Pero papá poseía una ética intachable y una hondura humana que traspasaba las ideologías.

“Había terminado los estudios de medicina, y, ya como médico, ejerció la profesión en Alcoy, siendo muy querido por la población. Aunque entre las clases acomodadas se le conocía como el médico de los pobres. Él siempre sostuvo que su afiliación al partido de las camisas azul mahón constituía su pasaporte a la inmunidad. Sea como fuere, su estatus le permitía moverse con soltura en las duras circunstancias de la posguerra, a lo que ayudaba el que conociera amigos cercanos al poder que compartían una afición común por la literatura. Tanto es así, que tuvo la inmensa suerte de poder asistir en la cárcel al poeta oriolano en sus

últimos instantes. Entre golpes de tos y hemorragias agudas, Miguel le había entregado sus últimos versos.

¡Adiós, hermanos, camaradas, amigos:
despedidme del sol y de los trigos!

“Si le cuento todo esto es para que se haga una idea de la talla moral del hombre que me dio sus apellidos, y de cuánto tuvo que sufrir todo este tiempo, sabiendo que nunca podría sustituir a Liberto en el corazón de Rafaela Mayo. Porque mamá murió al poco tiempo de yo nacer, víctima de las fiebres tifoideas. Y él no tuvo tiempo de sembrar sus virtudes para recoger la cosecha del amor, la rosa viajera que contenía cada epístola que se cruzaron, al comienzo de la guerra, el arrebatado anarquista y la hermosa costurera.

“He ido creciendo estos años al amparo de la familia Punset, que me ha dado cariño, educación y estabilidad económica y emocional.

“Papá, mientras tanto, había ido adquiriendo prestigio y nombradía, y viajaba al extranjero con cierta asiduidad para asistir a congresos médicos.

“Cierta día, en París, asistiendo a un cóctel ofrecido por la embajada chilena, ocurrió el segundo de los prodigios de mi vida. Se exponía en uno de los salones de la embajada una exposición acerca de la obra fotográfica de Capa como reportero de guerra. Y allí lo vio. Sobre el rótulo que rezaba: Muerte de un miliciano, papá reconoció a Liberto cayendo abatido sobre el campo de batalla. Tuvo un temblor indisimulado –me contaría después- y un vacío en el estomago, y ahí supo que me enseñaría el diario de mi padre, ahora que yo tenía raciocinio.

“Mi madre conocía la existencia del mismo. Esa circunstancia es una muestra más de la altura moral del doctor Punset. A sabiendas de que el diario, se testimonio de amor no dejarían apagarse la llama que Liberto había encendido en el corazón de mamá, su propio amor por mi madre, la nobleza de sus sentimientos le habían impedido ocultarle el hallazgo desde el instante mismo de su descubrimiento.

“Usted se preguntará cómo encajó la noticia de esta revelación. Le citaré las palabras de Justo: Creo que eres la única persona en el mundo cuyo padre ha muerto dos veces, me dijo cuando hube terminado la lectura del diario. En realidad, el asunto de la foto no deja de ser una anécdota en nuestras vidas.

“Ahora sé que he tenido dos padres, ya los tendré por el resto de mis días, y en ambos he visto la misma luz. En realidad, luchaban, quizá sin saberlo, por la misma causa.

“He hecho una copia a mano del diario de Liberto, y he llorado mientras lo transcribía, y he sonreído por momentos. El original se lo envío. Sólo hemos conservado la foto de mamá y la rosa seca que él guardaba entre las páginas del cuaderno.

“En el reverso de la foto papá había escrito una frase de San Agustín. ‘No salgas de ti, vuelve a ti, en el interior del hombre habita la verdad’.

“Ahora el círculo se ha cerrado. Mientras escribo su dirección en el sobre he sentido la mano de mi padre en el hombro. Haces lo correcto, me ha dicho. La verdad que nos pertenece, nuestra verdad, nos ha engrandecido. La verdad de la calle, su verdad, la tendrá un día entre las manos.

“Un saludo. María Punset”

David Freeman deja la carta sobre el escritorio y suspira profundamente. Como en un ritual, vuelve a encender un

cigarrillo y se asoma al balcón. Apoyado sobre la balaustrada, observa el Hudson y las pesadas barcazas que remontan la corriente con cansino navegar. Su fluir renqueante se le antoja un símbolo de su propia existencia. ¿Será capaz algún día de remontar la corriente de su vida? ¿Por qué su verdad no era la misma que la de María Punset, esa muchacha anónima que parecía conocer el secreto de las cosas que importan? ¿Acaso su verdad tenía que ver con la verdad de Emma?

Mira el carbón de las gabarras y piensa en su futuro. Recuerda las palabras de Robert: “Si tus fotos no son lo suficientemente buenas es que no te has acercado lo suficiente”. Pero tiene tan claro que ahora se acercará lo necesario. Sabe que es su momento, así que arroja lejos el cigarrillo y torna a la habitación. Redacta una breve misiva dirigida a la agencia Magnum Photos y mira a Liberto colgado de la pared, que parece sonreírle. Luego abre el cajón del escritorio y un brillo metálico escapa de su interior, un brillo que se le antoja una rosa de luz.

Seudónimo: “Lauro”

Biografía Juan de Molina



Nace en Ubrique en el otoño de 1956. Recuerda de su infancia una pasión desmedida por los tebeos que, ya en la adolescencia, irá dejando paso a los libros: al principio libros con muchas ilustraciones, y luego, una vez ganado por el mundo trepidante que encuentra en sus páginas, termina leyendo todo lo que cae en sus manos, ya sean relatos, novelas, poesía, historia, ensayos o filosofía. Todo le vale, con tal de que cuente algo y no aburra.

De esta etapa provienen sus primeros escritos: los habituales poemas de amor de la adolescencia.

En la Universidad de Córdoba, en el bienio 75-76, obtiene sendos premios de cuento y artículo periodístico y en el año 1979, en la Universidad de Cádiz, consigue el primer premio de poesía con motivo de la conmemoración de San Juan de la Cruz. Ese mismo año termina la carrera de Magisterio y es llamado a filas en las fuerzas armadas, a las que dedica 18 meses de su vida.

Cuando vuelve de la "mili", concentra todos sus esfuerzos en las relaciones afectivas y laborales y, a pesar de que sigue rellenando alguna que otra página con poemas y relatos, transcurren casi veinte años sin ocuparse en serio de la creación

literaria, aunque, eso sí, sin abandonar nunca el gusto por los libros y la pasión por la lectura.

Pasado todo este tiempo, un buen día se percata de que posee un trabajo estable y que los hijos han crecido, y, entonces, le pica de nuevo el veneno de la literatura y decide que le va a dedicar más atención a la tarea de escribir.

2001 marca un giro en su aprendizaje como escritor, ya que ese año obtiene el premio internacional de relato Ciudad de Loja, al que se irán sumando otros en años sucesivos.

Ha obtenido numerosos galardones literarios de carácter nacional e internacional en prosa y verso, tales como el Antonio Segado del Olmo de narrativa, el Ciudad de Arahall de narrativa infantil, el Francesc Candel de reportaje periodístico, el Cardenal Mendoza de microrrelatos, el Alhoja de oro de poesía, el Corazones de Tejina de coplas, el Rumayquiya de cartas de amor o el premio Ntra. Sra. de la Merced de letras de villancicos.

Su obra se encuentra dispersa en más de 140 publicaciones.

Confiesa que, a pesar del sufrimiento que supone la creación literaria, es feliz fabulando historias y echándole un pulso al verso escurridizo.

XXXII CERTAMEN DE NARRACIÓN
“HERMANOS CABA” 2020 (DENUNCIA SOCIAL)

La futbolista de los pies descalzos y el niño que no quiso ser soldado

Luis Gabriel David García

1

Me llamo Javier, Javi para casi todos... ¡Y me gusta jugar al fútbol! El jugador que más admiro no es un futbolista profesional de esos que visten la camiseta de un equipo europeo de primera división y salen en los anuncios de la tele vendiendo coches o refrescos en lata. No, mi ídolo, aunque ella no lo sabe, es Juanita, una compañera del colegio donde estudio que además es la única chica que juega en el equipo de “Los delfines” que representa a nuestro cole. Al principio no la dejaban jugar por ser una niña, pero luego de que todos presionásemos ante la Federación le permitieron, por fin, dejar el banquillo y salir al terreno de juego a meter goles. Es la capitana de nuestro equipo, es la mejor.

Mi colegio es el Colegio Mediterráneo. Es el único colegio de primaria en el pueblo blanco de la costa mediterránea donde vivimos. Desde nuestras casas encaramadas en la montaña podemos ver durante todo el año el mar azul bonito sobre el cual vuelan las gaviotas y navegan las barcas de los pescadores. Casi todas nuestras familias viven ahora del turismo. Mis padres tienen una tienda de

artesanías, postales y camisetas donde compran los “guiris” rubios de pantalones cortos y carnes coloradas que vienen durante todo el año en busca del eterno sol, el aire con sabor a mar y, por supuesto, la saludable y sabrosa comida mediterránea.

El padre de Juanita es italiano y su madre mexicana. Tienen un restaurante de comida italo-mexicana llamado Comala donde venden pizzas, raviolis, tacos y burritos. Allí también se exponen y se venden los cuadros pintados al óleo que Enrico, el padre de Juanita, pinta temprano en las mañanas. Enrico es un cocinero artista.

Mi pueblo está lleno de gente del mundo entero que ha venido a vivir aquí. En el cole tengo compañeros de Brasil, Venezuela, Ecuador, Colombia, Perú, Guatemala, Argentina, Paraguay, Marruecos, Nigeria, Guinea, Polonia, Rumania, Rusia, y hasta de la China. Así he podido aprender muchísimas cosas de otras culturas y sé decir palabras y frases completas en varios idiomas.

Los mejores amigos que tengo son Omar, un chico marroquí que juega de central derecho en el equipo de fútbol y es buenísimo para las matemáticas, y Rodolfo, un colombiano que sabe hacer cometas de colores y se ha aprendido de memoria los nombres de todas las capitales del mundo. Rodolfo también es el portero del equipo.

Pero volvamos a hablar otra vez de Juanita.

Ella llegó el curso pasado a nuestra clase. Ya había cumplido los diez años y le dijo al profesor de Educación Física que sabía jugar al fútbol. No quería hacer atletismo, voleibol o baloncesto como las otras niñas. Nada de eso, quería jugar al fútbol con nosotros.

Mis amigos y yo nos miramos a la cara diciéndonos “otra niña tonta que quiere meterse en un deporte masculino”.

Y es que ahora las mujeres quieren hacer todo lo que antes hacían los hombres: pilotar aviones de combate, escalar montañas, realizar trasplantes de corazón y –algunas más atrevidas– practicar nuestro deporte más sagrado y viril: el balompié.

Pues bien, en la hora de Deportes el profe de Educación Física la dejó entrenar con los chicos. Le preguntó en qué posición jugaba y ella, con su acento cantarín, respondió muy segura de sí misma que era delantero centro. ¡Pero qué se había creído esa flaquita! Con la primera entrada fuerte que le hicieran saldría llorando del campo.

El silbato sonó y el partido dio comienzo. Jugábamos contra los chicos de un curso superior. Muchachos más grandes y fuertes. Yo esperaba que en cuanto se demostrase la torpeza y falta de habilidad de la chiquilla la sentaran en el banquillo para que jugase en esa posición Sergei, el ruso veloz que, hasta ese momento, había sido nuestro goleador.

Los del otro curso sacaron primero e intentaron un avance por el centro del campo, pero enseguida les quitamos la pelota y enviamos un pase en profundidad que Juanita recibió en buena ubicación. Me quedé mirándola y pensé “perderá el balón enseguida”, pero ocurrió todo lo contrario. Con mucha agilidad se desprendió del adversario que tenía más cerca y corrió como un guepardo (el felino más rápido del mundo) hasta la portería rival. Un defensa intentó detenerla pero ella lo esquivó con un fantástico movimiento de cintura y lo dejó sentado y sorprendido en el suelo. De esta manera se quedó sola ante el portero que instintivamente salió a su encuentro para tratar de cerrarle el ángulo de tiro, pero fue en vano porque ella le propinó un fortísimo puntapié con su pierna izquierda al esférico que salió disparado hacia el rincón derecho

superior de la portería donde nadie podía detenerlo, y por allí se coló hasta el fondo de la red haciendo que se sacudiera como las velas de un barco velero que ondean por la acción del viento.

¡No lo podíamos creer! Aquella niña morenita de cabello recogido en la nuca había realizado una jugada sensacional. Creo que estuve observándola con la boca abierta mientras ella corría con los brazos en alto y agitando las manos para celebrar el gol. Luego les indicó a los otros dos delanteros de nuestro equipo que había que bajar las líneas para esperar una arremetida de los adversarios, que intentarían inmediatamente igualar el marcador.

En ese momento creí, por última vez, que el gol de Juanita había sido cuestión de suerte. “Se confiaron”, me dije a mí mismo. Creyeron que le arrebatarían el balón enseguida y ella se movió un poco más deprisa de lo esperado sorprendiéndoles sin darles tiempo para reaccionar. Sí, había sido algo inesperado que no se repetiría.

El otro equipo nos atacó con un rápido avance por la punta derecha, centraron y uno de sus delanteros cabeceó directo a la portería pero, por fortuna para nosotros, nuestro guardameta saltó como hacen los monos araña de los documentales de naturaleza y atrapó de inmediato el balón antes de que traspasara los tres palos. Rodolfo, el portero, hizo un saque larguísimo que llegó hasta Juanita, quien avanzó otra vez rauda como una gacela hacia la meta contraria y al ver que otro compañero, el gordito Camilo, se encontraba bien situado, le hizo llegar el balón hasta sus pies con un tiro certero para que él pudiese tirar a puerta. Sin embargo Camilo no tuvo tiempo de acomodarse para lanzar el pelotazo pues un contrario le llegó con fuerza por detrás, le empujó y lo derribó al tiempo que el profesor

de Educación Física, que hacía de árbitro del partido, hizo sonar su silbato para indicar falta y tiro directo con barrera desde fuera del área. Y antes de que nadie pudiese decir nada, Juanita corrió hasta el lugar donde se produjo la falta pidiendo efectuar el cobro correspondiente. Nadie le dijo que no. Omar me miró y se encogió de hombros dando a entender que debíamos dejarla a ver qué podía hacer. Esa chica era una caja de sorpresas. Efectuó un tiro con efecto curvo que pasó por encima de las cabezas de los jugadores contrarios que componían la barrera y fue a meterse por el ángulo superior derecho, muy pegado al palo, sin que el portero inmóvil pudiese hacer nada. ¡Gol!, ¡gol!, ¡gol!, gritamos todos, mientras ella hacía su simpática carrerilla triunfal para celebrar el tanto obtenido.

Transcurrieron los noventa minutos de partido y al final ganamos por cuatro goles a cero. Los dos primeros de Juanita, otro del gordo Camilo, gracias al saque de esquina de Juanita, y otro de Omar que también recibió una magnífica asistencia de ella que le permitió quedarse solo frente al portero y batirlo fácilmente. La chica jugó maravillosamente. Corrió durante todo el partido, organizaba los ataques y contra ataques, bajaba a recuperar balones, animaba a los compañeros, no era egoísta, en fin, habíamos descubierto un jugador (perdón, jugadora) de oro. Su único punto débil eran los saltos para cabecear, no llegaba muy alto y los demás le ganaban los balones aéreos. Pero, por lo demás, era ágil y sorteaba con facilidad a los jugadores rivales.

Juanita salió de la cancha caminando entre nosotros, como una futbolista más, como si toda la vida hubiese estado en los campos dándole al balón. Esa noche, durante la cena, le dije a mis padres: «las chicas pueden jugar al fútbol igual, o mejor, que los chicos». Mi madre sonrió divertida y respondió: «Ya lo sabía».

El entrenador de los equipos de fútbol del cole se llama Nacho. Nacho tiene veintidós años y se desliza por todo el pueblo en patines. Dicen que pudo llegar a ser un futbolista muy grande y famoso, pero cuando estaba en la cantera de un club de primera división se lesionó la rodilla derecha, y a pesar de que le operaron dos veces (todavía tiene las cicatrices de las cirugías) nunca pudo volver a jugar profesionalmente. Ahora se dedica a preparar jugadores de categorías inferiores, pero está decidido a volver algún día al fútbol de ligas mayores como entrenador.

A los chicos del cole que estamos metidos en fútbol extraescolar nos gusta que nos entrene Nacho pues, a diferencia de otro entrenador que tuvimos, él nunca dice palabrotas ni nos regaña de mala manera si las cosas salen mal. Cuando un jugador no sigue sus indicaciones le llama a parte para hablar con él y corregirle sin que los demás se enteren, pero cuando tiene que elogiar el desempeño de alguno lo hace delante de todos para subir la moral. Es un hombre estupendo.

Cuando se inició el campeonato intercolegiado Nacho colocó un papel en blanco en el tablón de la cafetería para que nos apuntásemos todos los que quisiésemos formar parte del equipo que representa, en nuestra categoría, al colegio donde estudiamos.

El día del primer entrenamiento Nacho fue leyendo uno por uno los nombres de quienes se habían inscrito para hacer parte del equipo... y adivinen quién estaba allí: por supuesto que Juanita.

Nuestra compañera había seguido jugando al fútbol con nosotros en las clases de Educación Física, en los mini partidos que armábamos durante el recreo y en los juegos de cinco contra cinco que hacíamos los fines de semana en la playa. Todos los que la conocíamos estábamos de acuerdo en que ella debía hacer parte de “Los Delfines”, que así se llamaba oficialmente nuestro equipo.

Nacho se sorprendió al encontrarla sentada en las gradas de cemento del campo de fútbol, rodeada de todos aquellos chicos dispuestos a dar patadas a un balón. Pero en ese momento no dijo nada. Dio unas indicaciones iniciales sobre los horarios de entrenamiento, las fechas de los partidos y advirtió que quien sacase malas notas no podría jugar sin importar lo bueno que fuese en el terreno de juego, pues por encima del fútbol estaban los estudios. Y si tantas ganas teníamos de jugar, primero debíamos llevar todo el curso aprobado.

Después de esta charla inicial nos despidió a todos hasta el siguiente día, pero le dijo a Juanita que se quedase un momento, pues tenía que hablar con ella.

Juanita nos contó después que el entrenador le explicó que ese era un equipo masculino, y que si le gustaba mucho el fútbol debía buscar mejor un equipo femenino. Ella le respondió que prefería jugar con chicos, para adquirir el nivel que le permitiese algún día hacer parte de un equipo profesional como el Barcelona o el Real Madrid, porque ese era su mayor sueño en la vida.

Nacho es un tipo estupendo y le contestó que le parecía bien, que al principio fuera a los entrenamientos y luego se vería. Ella le dio las gracias por la oportunidad y salió corriendo a contárnoslo.

Antes de seguir con este relato tengo que aclarar que Juanita no era ni mucho menos una niña de piernas peludas y modales de pirata del Caribe a la que le gustase pasarse el día pegándose empujones con los chicos. Nada de eso. Cuando no jugaba al fútbol Juanita iba con las chicas, jugaba con ellas a ser modelo de pasarela, a ser cantante de música pop, a peinarse y maquillarse entre ellas, a preparar meriendas y nadar en la piscina con bañadores de color fosforescente. Juanita era una perfecta damita con una zurda magistral que podía regatear a tres contrarios y batir al portero rival con una destreza que ninguno de nosotros tenía.

Al principio Nacho, el entrenador, la dejaba participar en los partidos de preparación con cierto recelo. Tenía miedo de que le hiciesen daño y que ella saliese llorando del césped. Pero enseguida descubrió que la chica era una joya del balompié, algo así como una Maradona o una Pelé niña.

Todos estuvimos de acuerdo en que ella debía ser la capitana del equipo. Todavía recuerdo la cara de radiante felicidad que puso Juanita cuando Nacho le colocó el brazalete de capitana. Tenía la sonrisa más grande y bonita que he visto en mi vida y unos ojos brillantes y enormes llenos de puro gozo. La aplaudimos atronadoramente; estábamos seguros de que con ella ganaríamos ese año el campeonato intercolegiado.

Pero los problemas empezaron con el primer partido del torneo. Se había corrido la voz de que Juanita tenía la camiseta número diez de Los Delfines y nada más llegar al campo los jugadores rivales, del equipo del Rayo Rojo, y sus amigos empezaron a gritarnos: “¡Delfinas!”, y que nos

pusiéramos las medias de seda para salir a jugar. Nos ofendieron con crueldad, e incluso yo, que jamás me he peleado con nadie ya que mis padres me han enseñado que “la violencia es el último recurso del incompetente”, estuve a punto de darle un guantazo en la boca a uno de esos canallas que nos insultaban.

Nacho, que en su época de futbolista profesional tuvo que vérselas en situaciones más difíciles y enfrentar hinchadas muy violentas nos dijo que no hiciésemos caso, que luego en la cancha silenciaríamos a todos los que nos agredían verbalmente.

Ya estábamos todos alrededor de nuestro banquillo haciendo ejercicios de calentamiento y escuchando las últimas indicaciones de Nacho, cuando se presentó un señor que se identificó como delegado de la Federación de Fútbol para informarle al entrenador que si incluía a Juanita en la alineación del partido este sería considerado nulo y el resultado final, cualquiera que fuese, no tendría validez. Nacho pidió explicaciones, discutió, subió el tono de la voz (cosa que nunca le habíamos visto hacer), y el delegado esgrimía una y otra vez la misma frase: “Es el reglamento, es el reglamento”. Nuestro entrenador dice que esos son los burócratas del deporte; gentes que llevaban vidas sedentarias en sus despachos y que, contradictoriamente, no hacen deporte.

Nacho nos reunió a los del equipo y explicó la situación. Todas las miradas se concentraron en Juanita, quien entre sorprendida e indignada dijo finalmente que lo mejor era que ella no jugase en este primer partido para evitar que luego lo declarasen nulo. El entrenador le pasó un brazo sobre los hombros y le pidió que se quedase con el uniforme puesto sentada en el banquillo, y le prometió que

movería cielo y tierra para que ella pudiese jugar en los siguientes encuentros.

Cuando un adulto le hace una promesa a un niño o a una niña debe cumplirla a como dé lugar, pues si no lo hace le causará a esa joven alma una gran frustración que le acompañará durante toda su vida. Cada vez que alguien promete algo a un menor y no lo cumple, este comienza a perder la fe en la humanidad y deja de creer en la bondad de las personas. Pero Nacho no era así, él tenía palabra y siempre que nos prometía algo lo hacía realidad. Por eso cuando aseguró que conseguiría la autorización para que Juanita jugara sabíamos que eso sería así, y que lucharía contra los vientos más huracanados y las mareas más bravías para reparar la injusticia que se estaba cometiendo.

No fue un buen partido el que jugamos contra el Rayo Rojo. No perdimos, de hecho el encuentro terminó con empate a cero en el marcador, pero fue un juego pesado sin el espectáculo y la magia del fútbol bien jugado. Nacho afirma que el fútbol puede llegar a ser tan bonito como la poesía. Pero en esta ocasión no hubo poesía, sólo empujones, entradas fuertes, tarjetas amarillas, broncas de los entrenadores y apatía y desilusión del público.

Creo que en realidad no queríamos jugar. Nos faltaba nuestra capitana, la italo-mexicana-andaluza de piernas morenas y rostro de diosa azteca de los libros de historia. De reojo la veíamos sentada en el banquillo, impotente, re-frenada, con ganas de saltar al terreno de juego y estar con nosotros. Junto a Nacho nos animaba, aplaudía o recriminaba enérgicamente, dependiendo de lo que hiciésemos. Al final se levantó de su asiento y caminó hasta donde la esperaban sus padres. Se les abrazó llorando y ellos, como buenos padres, intentaron consolarla.

De camino a nuestras casas, mientras pedaleábamos en las bicicletas, mis amigos Omar y Rodolfo, y yo, decidimos que también ayudaríamos a Nacho a conseguir que dejaran jugar a Juanita. Dios le había dado talento para el fútbol y eso no podía desperdiciarse.

4

Al día siguiente del primer partido, en el cual le prohibieron a nuestra compañera de equipo que jugase, Nacho se presentó en la oficina provincial de la Federación de Fútbol donde explicó la situación con detalle y describió a Juanita como una jugadora de cualidades excepcionales que la hacían merecedora de participar en la liga masculina correspondiente a su edad. Sin embargo, después de escucharle con amabilidad, los responsables provinciales dijeron que no podían hacer nada al respecto, pues esas decisiones le concernían a la jerarquía superior y por lo tanto le aconsejaron que se dirigiese a la delegación regional de la Federación.

Sin pensarlo dos veces nuestro entrenador se subió a su pequeño coche utilitario, que se había comprado de contado con su primer sueldo de futbolista profesional, y recorrió los ciento cincuenta kilómetros que separaban a nuestra provincia de la capital regional. Allí se presentó, en las oficinas de la Federación de Fútbol donde fue atendido por el Delegado en persona que le conocía y apreciaba desde que jugaba en equipos juveniles aficionados. Después de escucharle se sinceró con él y le dijo: «Nacho, se trata de una situación muy complicada. Ella, por muy buena que

sea con el balón, es una niña y por lo tanto debe jugar en las ligas de chicas. Aquí no podemos ayudarte, el reglamento nos tiene maniatados. Deberías ir a la más alta instancia, es decir, a la Dirección Nacional de la Federación de Fútbol».

Al día siguiente Nacho llamó por teléfono a la capital del país para pedir una cita con el Secretario General de la Federación de Fútbol. Después de esperar casi media hora, y de ser pasado de una secretaria a otra y de un asistente a otro, le informaron que el señor Secretario no podría atenderle hasta dentro de cinco meses, pues tenía la agenda muy ocupada. Pero que, mientras tanto, podía enviar su petición por escrito.

Cualquier otro en su caso habría desistido, pero no nuestro entrenador. Después de la lesión que sufrió en la rodilla un médico considero que andaría el resto de su vida con un bastón. Pero él, a fuerza de tenacidad y eternas sesiones de rehabilitación al salir del quirófano, volvió a caminar como si nada e incluso aprendió a bailar tango en una academia, aunque nunca podría volver a forzar la rodilla en un partido de noventa minutos. Por ello, inmediatamente se puso en contacto con el presidente del club de fútbol que le había fichado cuando era una joven promesa del balompié. Ese señor, que se preciaba de haber descubierto muchas estrellas del deporte más popular del mundo, le quería como a un hijo y al retirarse Nacho de la competición profesional le aseguró que podía contar con él para cualquier cosa. Había llegado entonces el momento de pedir un gran favor a un personaje importante para hacer realidad el sueño de una niña dotada con un don especial para marcar goles.

Dos días después, en un lujoso restaurante de la capital donde servían unas perdiceras escabechadas exquisitas, el Secretario de la Federación de Fútbol estaba citado para comer con el presidente de uno de los equipos de primera división más importantes del país y, hay que reconocerlo, del mundo. Cada cierto tiempo este dirigente del balompié asociado se reunía con cada uno de los representantes de los clubes de fútbol para tratar diversos temas referentes al llamado “deporte rey”.

Pero en esta ocasión el presidente invitado no acudió solo, sino que venía acompañado por un joven que el Secretario reconoció enseguida como una figura talentosa y prometedora que había tenido que abandonar la competición hacía pocos años debido a una infortunada lesión. Era Nacho, el persistente entrenador.

Después de saludarse empezaron a comer y al principio únicamente hablaron de formalidades relativas a la actividad del fútbol profesional, pero al llegar a los postres, donde Nacho sólo pidió ración de frutas, salió a relucir el tema de Juanita.

Nacho le contó al Secretario lo maravilloso que era trabajar en las divisiones inferiores, con niños ilusionados que jugaban por el placer de hacerlo, disfrutando al máximo cada partido. Y aunque la mayoría de ellos nunca se dedicaría a ese deporte como forma de vida, sí les marcaría para siempre y les ayudaría a ser mejores personas y enfrentar con decisión y confianza los obstáculos que encontrasen siendo adultos. Hasta ahí estuvieron todos perfectamente de acuerdo.

Luego vino el tema de Juanita. El entrenador de Los Delfines la presentó como una de las mejores jugadoras de esa edad que había conocido, incluso era más hábil y dotada que casi todos sus compañeros, y por lo tanto era necesario permitirle jugar en el torneo masculino.

En ese momento el Secretario General de la Federación cambió de actitud. Encendió un humeante y apestoso habano y declaró que no aceptaba para nada las apreciaciones de Nacho. Que el fútbol había sido concebido como un deporte para hombres, que era una actividad totalmente masculina y que las mujeres sólo tenían cabida allí como espectadoras o como modelos animadoras y nada más. Y agregó que él no iba a abrir las puertas al “fútbol mixto”; que si esa niña quería ponerse un uniforme se apuntase a la liga femenina.

Nacho replicó con energía que la liga femenina no tenía suficiente apoyo, que muchas jugadoras talentosas se perdían en ese torneo discreto que carecía de seguimiento de la prensa y del dinero de los grandes patrocinadores. Y que por otro lado ya estábamos en el siglo XXI en el cual las mujeres hacían cosas que antes estaban reservadas sólo para hombres: como tripular naves espaciales, ser ministras de gobiernos, dar clases en universidades o dirigir grandes corporaciones empresariales.

El Secretario lanzó una bocanada de humo de su nada saludable puro y replicó que mientras él tuviese ese cargo de responsabilidad no habría nada de mujeres en el campo, que luego quisiesen trepar hasta la Primera División. Y con esto concluyó el almuerzo donde Nacho reconoció que tenía un gran reto por delante ante el cual no podía, de ninguna manera, rendirse.

Juanita seguía entrenando con toda la plantilla y asistía a los partidos, obligada a presenciarlos desde el banquillo con impotencia, esperando el milagro que le permitiese salir a jugar. Después de nuestro último partido contra las Tortugas Ninja, que perdimos por un gol a dos –debido a una mano involuntaria de uno de nuestros defensas que el árbitro consideró como penalti– Nacho nos reunió y explicó su plan. Contaríamos el caso de Juanita al mundo entero a través de la prensa, y para ello necesitaba de nuestra ayuda.

Omar, Rodolfo y yo nos mostramos dispuestos a ayudar. A mí se me ocurrió que podíamos organizar partidos de exhibición donde Juanita jugase para que el público descubriese lo buena que era. Rodolfo dijo que podíamos grabar en vídeo esos partidos con la cámara de su padre y enviarlos a las televisiones. A Nacho le pareció estupendo. Juanita estaba encantada y agradecida, pero no tenía porqué. Éramos un equipo y debíamos afrontar y solucionar juntos las dificultades.

Enseguida Nacho comenzó a contactar con periodistas que había conocido a su paso por la División de honor del fútbol. Algunos se mostraron interesados y asistieron a los partidos de exhibición. El dinero que recaudábamos siempre lo destinábamos a obras de ayuda a la mujer: alfabetización de niñas campesinas en Bolivia, apoyo a señoras maltratadas por la violencia doméstica, o campañas de vacunación de adolescentes en África. Al principio sólo los periódicos, radios y televisiones locales registraron el caso de Juanita. Pero después se produjo el efecto “bola de nieve” y otros medios de comunicación se fueron haciendo eco de la situación hasta que en muy poco tiempo se

convirtió en un tema de debate nacional. Al principio los padres de Juanita se mostraban incómodos ante toda la atención que generaba su hija. Pero, dispuestos a ayudarla a conseguir realizar su sueño, decidieron respaldarla total y amorosamente.

No se trataba exclusivamente de la lucha por la igualdad de género, sino que era el derecho que tenía una estupenda y superdotada jugadora de competir en torneos donde pudiese desarrollar todas sus capacidades. Al poco tiempo Nacho recibió una llamada telefónica del asistente del Secretario General de la Federación pidiéndole que abandonara toda la presión mediática, pues en la próxima temporada se reuniría la plana mayor de la Federación de Fútbol para discutir el tema. Para nuestro entrenador eso no era suficiente. Continuamos la campaña de prensa, de apariciones públicas, de pancartas en los partidos donde no dejaban jugar a nuestra compañera, y fue entonces cuando destacadas figuras del mundo del Deporte, la Cultura, el Espectáculo y la Política (hombres y mujeres por igual) se pronunciaron públicamente a favor de darle una oportunidad a esa futbolista excepcional.

Finalmente Nacho volvió a recibir otra llamada inesperada. Era el Secretario General en persona. Le informó de que la Ministra de Ecuación, Cultura y Deporte (una prestigiosa mujer) había hablado personalmente con el Presidente de la Federación y este le había ordenado a él que hiciese un comunicado en el cual diera a conocer que a partir de este momento se permitía el fútbol mixto en las divisiones inferiores, y que llamase él mismo al Director técnico (Nacho) de Los Delfines para darle a conocer la noticia. Por fin Juanita podría jugar.

Y así llego el momento en que de nuevo Juanita, la princesa del fútbol, regresó de manera activa a los campos de juego. Y su figura pudo verse otra vez corriendo, poniendo pases certeros, interceptando balones y rematando hacia la portería contraria. Pronto los medios de comunicación se olvidaron de ella. Ya nadie les ponía micrófonos en la boca a sus padres para preguntarles qué sentían al tener una hija futbolista, ni el Secretario General de la Federación volvió a ser entrevistado en las radios dando declaraciones a regañadientes para asegurar que a partir de ahora las niñas podían participar en las competiciones de fútbol masculinas en las categorías infantiles, ni volvimos a ver manifestaciones de feministas con pancartas en los estadios de fútbol profesional gritando “Las mujeres también saben meter goles”. Todo eso terminó. Mejor para ella, que sólo quería jugar con nosotros, a gusto, disfrutando del placer de darle patadas a un balón de reglamento sobre un campo de verde césped recién cortado.

Los encuentros se fueron sucediendo y como por arte de magia fuimos obteniendo victoria tras victoria de la mano de nuestra capitana. El Deportivo Pez Espada, Los Sardinias, Huracán, El Real Victoria, Los intocables, Santa Paula... todos ellos fueron cayendo derrotados ante nuestro fútbol alegre y vistoso.

Sin embargo no se puede decir que Juanita lo tuviese fácil, nada de eso. Los defensas contrarios la marcaban reciamente y en cuanto tenían ocasión la sacudían de mala manera. Ella era rápida y evitaba en lo posible que la empujaran, le diesen codazos o le propinasen puntapiés en las espinillas. Pero cuando le atizaban se levantaba enseguida

sin chistar, y le dirigía a su infractor un mirada de desafío dándole a entender que ella seguía allí, valiente, sin amilarse por los moretones de las piernas. Nosotros, al principio acudíamos siempre en su defensa y a punto estuvieron de producirse grescas generales. No queríamos que nadie tocara a nuestra capitana. Ella se había ganado nuestro respeto y admiración, aunque los equipos contrarios no aceptaban que una niña se enfrentase a ellos en los terrenos de juego (y encima que jugase de manera extraordinaria). Nacho siempre decía que no debíamos dejarnos provocar, que los árbitros siempre protegen a los buenos futbolistas cuando estos son vapuleados. Y es cierto, cuando nuestros rivales intentaban amedrentar a Juanita las tarjetas amarillas y rojas calmaban los ímpetus de extrema agresividad. Y es que el fútbol es un deporte enérgico pero no violento, que cuando se juega bien tiene la misma elegancia, belleza y emoción de un espectáculo de danza interpretado por una compañía de ballet. También aseguraba nuestro entrenador que este primer año sería el más duro, porque en la siguiente temporada todos los equipos tendrían ya chicas en sus filas. No obstante, siempre que derribaban a Juanita se levantaba del banquillo y se quedaba mirándola con cierta preocupación hasta que ella se incorporaba nuevamente y le hacía una inclinación afirmativa con la cabeza indicando que estaba bien y que seguía jugando. No podía ser de otro modo, pues ella amaba el fútbol tanto o más que nosotros.

Un viernes por la tarde, en el que estábamos jugando en el campo del Unión Aguacate, sucedió algo que cambiaría la forma de ver el fútbol por parte de nuestra capitana. A mitad del primer tiempo Juanita y Sergei, el delantero derecho, lograron rebasar a la defensa contraria. Sergei

iba muy abierto por su banda y le envió un centro aéreo a Juanita muy ajustado que ella debía disputar con el portero del Aguacate. No le quedaba más remedio que correr, saltar y cabecear antes de que el guardameta despejara con los puños. Darle al balón con la cabeza era su punto débil, pero se arriesgó porque el marcador en ese momento iba igualado a cero tantos. Se estiró todo lo que pudo y se arqueó como una gata en el aire para dirigir con la testa el esférico hacia la puerta contraria, lo hizo antes de que el portero pudiese interceptar el balón, pero este, fracciones de segundo más lento en su acción defensiva, terminó por empujar a Juanita mientras descendía de su salto con lo cual la desestabilizó haciendo que cayese de mala manera sobre su hombro izquierdo. Nuestra compañera había conseguido el gol que fue celebrado, como siempre, con gran algarabía por nuestros seguidores (padres, madres, amigos del cole). Pero nosotros nos dimos cuenta de que algo no estaba bien al ver que Juanita permanecía tendida sobre la hierba. Débilmente se incorporó hasta quedar sentada. Su rostro estaba demasiado pálido a causa del dolor y levantó el brazo derecho para indicar que necesitaba ayuda y giró la mano para dar a entender que debía ser sustituida por otro jugador. Los voluntarios de la Cruz Roja la sacaron en camilla, la cosa parecía fea. La examinaron junto a nuestro banquillo y decidieron que había que trasladarla a un hospital. La vimos marcharse junto a sus padres. Estábamos angustiados, pero ella gritó: ¡A ganar! antes de irse. Nos había dado un gol de ventaja y teníamos que aprovecharlo. Al final ganamos el encuentro por tres goles a dos. Cuando sonó el pitazo final salimos en estampida, sin ni siquiera cambiarnos los uniformes, hacia el hospital para averiguar qué le había pasado a nuestra capitana. Al llegar la

encontramos saliendo de urgencias acompañada por sus padres. Nos sonrió tranquilizadamente. Se había fracturado la clavícula izquierda y tenía puesta una escayola de yeso. En ese momento también llegaron el portero del Unión Aguacate y algunos otros jugadores de ese equipo. Venían a conocer la suerte de Juanita. El portero del equipo le pidió disculpas, repitiendo que no había sido con mala intención. Ella dijo que no tenía importancia y se dieron un beso en la mejilla. Ese es el juego limpio. Esa noche cenamos todos una ensalada con macarrones en el restaurante de los padres de Juanita. Ella tendría que estar sin jugar, por orden del médico, durante un mes hasta que el hueso roto se volviese a pegar.

8

Durante el tiempo que duró su recuperación, Juanita nos siguió acompañando en los entrenamientos y los partidos. La lesión que había sufrido no le quitó en absoluto las ganas de volver a jugar lo más pronto posible. Era como los buenos toreros, que a pesar de recibir una dolorosa cornada por parte del toro en cuanto se recuperan retornan con más ganas al ruedo para enfrentarse nuevamente con el animal de cuernos.

Pero la vida de nuestra compañera de equipo sufrió en esas semanas algunos cambios que, como lo había anticipado atrás, habría de modificar su actitud hacia el fútbol. Todo se debió a que al no poder montar en bicicleta ni nadar en nuestro mar azul, Juanita ocupó muchas horas de su tiempo leyendo en la biblioteca municipal y navegando en internet, y con ello descubrió información sobre el deporte que ella amaba que la indignó y entristeció. Una

semana antes de que le quitasen la escayola nos dijo: “No sé si volveré a jugar”. Nuestra sorpresa fue mayúscula al escuchar su declaración, y enseguida explicó que los zapatos de fútbol que utilizábamos para jugar eran fabricados por niños de países pobres que vivían en condiciones de esclavitud haciendo ropa y calzado para las grandes empresas de equipaciones deportivas.

Nosotros no teníamos ni la menor idea de esa situación. Por lo tanto acudimos inmediatamente a ver a Nacho para que nos aclarase la situación. Nuestro entrenador escuchó a Juanita y dijo que había oído algunos rumores pero que no tenía certeza de nada, y que lo mejor era investigar un poco más. Para eso se puso en contacto con una organización sin ánimo de lucro dedicada a ayudar a niños de naciones del llamado Tercer y Cuarto Mundo. Dos días después vino a vernos un representante de esa asociación, que había viajado por Asia, el norte de África y América Latina y pudo comprobar de primera mano la existencia de esas “fábricas de la infamia” donde se realizaba explotación infantil. No sólo conocimos su testimonio, sino que también pudimos ver diapositivas y un vídeo que mostraban esa espantosa situación. Y fue así como descubrimos que chicos como nosotros, y otros todavía más pequeños, cosían zapatos con sus pequeñas manitas llenas de callos, trabajando en lugares oscuros y calurosos durante casi todo el día, mal comiendo, casi sin permiso de ir al baño y recibiendo a fin de mes una paga miserable. Eran esclavos modernos que carecían de la educación más elemental porque no podían ir a la escuela, tampoco tenían tiempo de jugar. Les habían borrado la sonrisa del rostro y en cierto modo nosotros éramos culpables de esa situación porque comprábamos, pagando caro, las zapatillas, camisetas, balones y demás

equipaciones deportivas que ellos elaboraban con su doloroso sudor.

Al terminar la exposición a Juanita se le escurrían las lágrimas por las mejillas. ¿Cómo era posible que eso ocurriese en el hermoso deporte del fútbol? Había que hacer algo para reparar enseguida esa tremenda injusticia. Inmediatamente nos dimos a la tarea de escribir una carta a las grandes empresas que fabricaban ropa y calzado de deporte exigiéndoles que tomaran cartas en el asunto para evitar que se siguieran utilizando niños en sus fábricas del sur del planeta, y que en cambio contratasen a sus padres a pagándoles un salario digno. También le escribimos a la Federación de Fútbol informándole sobre la situación y pidiéndole que anulara los contratos de patrocinio de aquellas compañías que promovían la explotación infantil.

Transcurrieron diez días y no recibimos respuesta alguna ni de las empresas ni de la Federación, que con su silencio demostraban lo poco que les preocupaba esa situación. Juanita no jugó el siguiente partido, su conciencia le impedía hacerlo. Estuvo sentada en el banquillo, esta vez sin ponerse el uniforme (que había sido confeccionado por una de esas empresas que emplean mano de obra infantil), mirando hacia el campo de fútbol con angustia, debatiéndose entre salir a la cancha y dar rienda suelta a su creatividad futbolística o abstenerse de participar como una forma de protestar por el maltrato y la humillación que sufrían otros niños y niñas del mundo que seguramente adoraban el balompié tanto como ella.

Nacho se encontraba frente a un delicado dilema. Por un lado no podía obligarla a jugar si ella no quería, pero por el otro nos hacía falta como jugadora en el equipo y

su ausencia dificultaba el desarrollo de los planteamientos tácticos.

Nuestro entrenador salió una mañana a correr por la playa y meditar. Era algo que le relajaba mucho: la carrera con los pies descalzos sobre la arena mientras aclaraba sus ideas. Enseguida comenzó a maquinarse en su mente otra campaña para llamar la atención sobre el grave problema de la utilización de niños en las fábricas de ropa deportiva. Con el dinero que le pagaban a una superestrella del deporte por unos anuncios de publicidad podrían darles un sueldo decente a todos los trabajadores de esa industria en los países menos desarrollados. Había, entonces, que obligar a las empresas a que las cosas cambiaran. Pero aquí era necesario que se unieran todos: equipos, público y prensa para que la presión hiciera posible cambiar las cosas.

Recordó cómo habían sacado a los grupos violentos cuando esa lacra empezó a hacerse presente en el fútbol profesional. Después de que una banda de cabezas rapadas empezase a atacar a los hinchas de equipos rivales, cebándose especialmente en los inmigrantes de color, se pusieron de acuerdo entre todos los jugadores de su club y en un partido frente a un equipo donde militaban varios futbolistas africanos y sudamericanos se tomaron todos de las manos (incluyendo a los contrarios), se acercaron hasta el lugar donde se encontraban los violentos con sus atuendos militares y sus insignias racistas cantando estribillos de odio, y les dieron la espalda. El estadio enmudeció en seguida y las miles de personas allí presentes empezaron también a darle la espalda a esa pequeña pandilla de vándalos que mancillaba el honor del fútbol, hasta que ellos se quedaron solos y cercados por esa masa humana de aficionados al deporte rey, pues desde los palcos de los

presidentes hasta el terreno de juego donde se encontraban los recogepeletas y los fotógrafos de la prensa deportiva, todos, absolutamente todos, les mostraban sus espaldas en un gesto silencioso pero contundente de rechazo a la violencia en los campos de juego.

Había que volverlo a hacer. Era necesario unir otra vez a la gente buena del fútbol y limpiar todo lo que estuviese manchando el juego limpio del deporte de deportes.

Nacho nos reunió y explicó su plan. Nos contagió su entusiasmo y pusimos manos a la obra. A través del correo electrónico nos comunicamos con todos los clubes de fútbol del país: infantiles, juveniles, aficionados, semiprofesionales, profesionales, incluso la Selección Nacional absoluta. También volvimos a recurrir a los medios de comunicación para informarles sobre lo que íbamos a hacer en nuestro próximo partido. Y claro, ahora sí se pronunciaron las empresas que vendían ropa elaborada con manos de niños del Tercer Mundo y la Federación. Los primeros se lavaron las manos y eludieron toda responsabilidad diciendo que no eran sus fábricas, que se trataba de otras empresas subcontratadas por ellos (en realidad las grandes marcas de ropa de deporte no fabrican nada, todo lo compran en países del Sur donde les sale más barato y luego lo venden a precios exorbitantes en comparación con lo que ha costado producirlo); mientras que el Secretario General de la Federación llamó en persona a Nacho, furioso como el cancerbero mitológico que cuidaba las puertas del infierno, diciendo que se dejara de locuras e insensateces y que no se metiera con los patrocinadores porque había mucho dinero en juego, y que con lo de la niña futbolista ya había

sido suficiente (al parecer todavía le mortificaba que se hubiese permitido el fútbol infantil mixto).

Nada de eso nos echó para atrás, y el día del partido contra los Lince del Sur en nuestro estadio municipal (jugábamos en casa) las gradas estaban llenas a reventar, mientras que los periodistas se mostraban a la expectativa frente a lo que pudiese pasar. Enseguida la gente notó que habían sido retiradas las vallas publicitarias de las empresas fabricantes de ropa deportiva que violaban las leyes internacionales sobre el trabajo infantil, siendo reemplazadas por otras de organizaciones no gubernamentales que exigían una ropa limpia de injusticias sociales. Luego los dos equipos salieron al campo de juego. No llevábamos los uniformes de los patrocinadores, sino que vestíamos unos que habían sido confeccionados por nuestras madres; y el balón que íbamos a utilizar no había sido cosido a mano por un niño del Pakistán, sino que lo habíamos comprados (compramos varios) a una microempresa que empleaba a trabajadores con minusvalías psíquicas (gente con síndrome de Down o con parálisis cerebral) pagándoles un salario acorde con la Ley. Los dos equipos nos colocamos frente a frente, se hizo un silencio absoluto. Juanita fue la primera en hacerlo: se quitó sus zapatos de fútbol y caminó descalza hasta un contenedor de basura que se hallaba situado a un lado del campo y los arrojó dentro. El contenedor tenía pegado un gran cartel que decía: “Material defectuoso. Produce sufrimiento a los niños del Tercer Mundo”. Todos empezamos a imitarla, también los del equipo de Los Lince, e incluso el árbitro y sus asistentes. Todos íbamos a jugar descalzos en protesta por esa situación que era preciso remediar. Un aplauso atronador se escuchó ese domingo en el estadio y

en todos los estadios del país, porque todos los futbolistas de todos los equipos se habían puesto de acuerdo para llevar a cabo ese acto simbólico y para afirmar abiertamente que en el fútbol no tiene cabida ningún tipo de injusticia.

El partido terminó empatado a tres goles cada equipo. Pero el marcador fue lo de menos. Terminamos con los pies sucios y algunos se hicieron pequeños cortes sin importancia. Pero nos divertimos de lo lindo, pues así juegan muchos niños africanos, sin zapatos, (de ese maravilloso continente han salido algunos de los más grandes y mejores jugadores del mundo).

Las repercusiones de nuestra acción fueron inmediatas. Las empresas cambiaron su política de producción y obligaron a las fábricas a las cuales les compraban a que contratasen a los padres de los niños que antes trabajaban allí y les diesen una paga justa. Y todos los niños semi-esclavos fueron indemnizados y entraron inmediatamente en un programa de escolarización y aprendizaje de oficios (desde carpintería hasta mantenimiento de equipos informáticos) financiado por las multinacionales. En cuanto al Secretario de la Federación de Fútbol, fue reemplazado por una conocida periodista deportiva especializada en fútbol que contaba con el apoyo de la Ministra de Educación y Deporte, la Ministra del Trabajo y la Defensora del Menor. Las cosas estaban cambiando para bien.

Juanita terminó siendo la Pichichi (máxima goleadora) del campeonato provincial escolar que nosotros ganamos. Ahora sueña con llegar algún día a un equipo profesional y estar en un Campeonato Mundial de Fútbol. Estoy seguro de que lo logrará, pues creo que todas las cosas buenas y bonitas son siempre posibles de alcanzar.

Después de contar la historia de Juanita y de cómo ella revolucionó, para bien, el mundo del fútbol, voy a relatar las aventuras del pequeño Matías, otro de nuestros compañeros de clase. Matías es el más chiquitín de todos los del curso, no porque tenga menos edad sino porque nació y pasó sus primeros años de vida en un país africano azotado por la guerra y el hambre. En aquel entonces él y su familia no tenían mucho para comer y por eso creció más lentitud, aunque ahora come mucho mejor (le encantan los guisos de tomate y calabacín) y seguro que al final será muy alto y hasta podrá jugar al baloncesto profesional.

Matías nos contó en clase de Geografía cómo un buen día su padre fabricó un arnés, se lo puso encima y de esta manera pudo llevar cargados a Matías y a su hermano hasta un campamento de refugiados después de caminar durante cuatro días y noches sin parar, junto a su madre y una cabra flaquita que les daba un poquito de leche para beber. Y fue así como la familia de Matías llegó hasta un centro de ayuda internacional, donde recibieron comida (que los aviones tiraban desde el cielo en cajas con paracaídas) y medicinas para curar las enfermedades producidas por la malnutrición.

Después de muchas peripecias y de recorrer medio África en burro, bicicleta, andando y en un globo aerostático, Matías, sus padres y su hermano (que se llama Benjamín) llegaron hasta nuestra ciudad donde encontraron paz, prosperidad y la amistad de sus habitantes. El padre de Matías es carpintero, tiene un taller de ebanistería donde fabrica hermosos muebles con sus propias manos mientras canta nostálgicas canciones en portugués que,

dice Matías, hablan del murmullo de los riachuelos y el ale-
tear de las aves al atardecer en su país africano. La madre
de Matías cuida a una señora mayor, de 90 años, tratándola
con mucho cariño: la baña, la peina, la saca de paseo y le
da sopas de pollo con una cucharita como si en vez de una
venerable anciana fuese una niña chiquitilla.

Matías y su hermano estudian en nuestro cole. Matías
siempre está sonriendo; tiene una sonrisa de dientes muy
blancos que contrasta con el color oscuro de su cara. Es
un chico muy curioso, en clase siempre les está haciendo
preguntas a los profesores: quiere saber el porqué de todas
las cosas. En los recreos juega con un trompo de madera
que su padre le fabricó desde los tiempos en que vivían en
África. Todos queremos jugar con ese trompo. Él es muy
buen compañero, pues nos ha enseñando a usarlo y nos
lo presta cuando queremos. Sus padres le han convencido
de que compartiendo lo poco o mucho que se pueda tener
se está repartiendo al mismo tiempo un poco de felicidad.
Pero cierto día ocurrió algo en el colegio que le borró la
sonrisa de dicha infantil, algo que le trajo dolorosos y ter-
roríficos recuerdos, algo muy malo que entre todos tenía-
mos que ayudarle a superar.

10

Todo sucedió un viernes, durante el primer recreo de la
mañana. Un grupo de seis chicos de cursos inferiores se
había puesto de acuerdo para jugar en ese día a la guerra.
Al parecer estaban muy influenciados por una película
que habían echado en la tele durante el fin de semana en
horario infantil. Llevaron diversas armas de juguete: fu-
siles de asalto con bayonetas de dientes afilados, pistolas

automáticas con cargadores que disparaban balas de fantasía, granadas de fragmentación que producían un sonido muy similar a una explosión real, e incluso un lanza misiles que podía disparar un proyectil de cartón, todas ellas físicamente inofensivas. Se pusieron pintura de camuflaje negra en el rostro, cubrieron sus cabezas con cascos e iniciaron un combate fingido en el jardín de los girasoles, detrás del parque donde los niños más chicos juegan con los toboganes y los columpios. Estaba entonces esa pandilla de críos entretenida con sus juegos bélicos cuando de un momento a otro salió corriendo y gritando Matías, que se encontraba observando a los caracoles perezosos que tomaban el sol en el jardín. Corrió como un loco por el patio principal del cole y por los pasillos, dando alaridos, berreando, llorando, tapándose el rostro con ambas manos, hasta que finalmente se metió en un aula y se escondió debajo de la mesa del profesor. La Directora del cole y otros maestros intentaron sacarle de allí, pero no pudieron porque estaba inmobilizado por el terror, acurrucado y echo un ovillo sobre sí mismo, gimoteando y temblando, profundamente asustado.

En ese momento de confusión apareció la profesora Cristina (la “Seño Cris”, le decimos nosotros), y se acercó hasta donde estaba Matías y se agachó junto a él y empezó a hablarle en portugués, porque la seño Cris sabe muchos idiomas, y al final pudo tomarlo entre sus brazos para que el pequeño Matías se abrazara a ella con todas sus fuerzas y así, poquito a poco se le fuera pasando el susto.

Antes de continuar tengo que hablar de la profesora Cristina. Ella es una de nuestras profes favoritas, se nota que le encanta enseñar. Sus padres también son educadores y desde muy jóvenes, cuando se casaron, decidieron viajar por el mundo para combatir el analfabetismo y enseñar a

leer, a escribir, a hacer cuentas, a pensar por sí mismos y a resolver los problemas de la vida a los niños y niñas que no tienen acceso a la enseñanza. Y de esta manera, tras veinticinco años de andar por el mundo entero los dos solitos han fundado, y siguen manteniendo, más de dos mil escuelas en los lugares donde antes reinaba la ignorancia, sitios remotos (desde aldeas encaramadas en los picos más inaccesibles de los Andes sudamericanos hasta campamentos seminómadas en las ardientes arenas del desierto del Sahara) donde ahora hay colegios con bibliotecas, laboratorios de Química, talleres de Mecánica, huertas para practicar la agronomía local y auditorios para escenificar el arte tradicional. A sus padres les han dado muchas medallas y reconocimientos, pero el único galardón que de verdad les ha emocionado fue un pergamino firmado por doscientos antiguos alumnos que han seguido sus pasos y ahora son maestros en sus lugares de origen.

Cris ama su trabajo. Esa mujer de mediana estatura, menudita, con ojos de almendra, cabello rojizo y pecas de muñeca se dedica a enseñar Geografía, y nos hace soñar a todos con ríos turbulentos, mares helados y cordilleras gigantescas. Sus clases son muy entretenidas: con juegos, concursos de preguntas, películas y disfraces tradicionales de regiones y países. Además, como hay niños de casi todo el mundo en el aula, ella les ánima para que nos hablen de los sitios donde vivieron antes. Uno de los que más participa es Matías que nos cuenta con mucho entusiasmo cómo es su hermosa África, un lugar donde todo el mundo podría ser feliz si no fuese porque un pequeño grupo de gente mala no quiere que así sea.

Por eso Cris no dudó ni un momento en acurrucarse junto a Matías, debajo del pupitre, y decirle que todo estaba

bien, que nadie le amenazaba, que estaba rodeado por gente que le quería. Y finalmente lo logró, cantándole muy bajito al oído una canción en portugués africano, que a ella misma le cantaban las amigas de su madre cuando ellos vivían y enseñaban en África, una suave canción para dormir que dice que puedes cerrar tus ojitos con tranquilidad porque Mamá y Papá están ahí, cuidándote, y el cocodrilo malo ningún daño te hará.

Así fue como le pudieron sacar en ese momento el miedo del cuerpo a Matías, quien al ver a los otros chicos jugando a la guerra recordó la tarde de pesadilla cuando un grupo de hombres uniformados y armados intentaron llevárselo a la guerra, arrebatárselo a sus padres, y convertirlo en un niño soldado capaz de matar a sus semejantes.

11

En los días siguientes, Matías dejó de ser el niño risueño, inquieto y preguntón que todos conocíamos y pasó a mostrar un carácter retraído y hosco. Sus padres y la psicóloga del colegio se reunieron en varias ocasiones después del incidente en el jardín de los girasoles y una semana después la profe Cris dijo que Matías necesitaba contarnos algo muy importante para él y que nos agradecería que le escuchásemos con atención. La advertencia de la profesora estaba de más porque a nosotros nos encantaba siempre escuchar las historias africanas de Matías; de cómo los avestruces se defendían a picotazos del ataque de las hienas o de cuando su abuelo era joven y logró cabalgar a lomos de una jirafa.

Le prestamos toda nuestra atención y la clase se quedó en silencio. Matías pasó al frente y se subió a un banquillo de madera para que todos pudiésemos verle bien. Su

relato empezó dos años atrás, cuando él y su hermano un año menor jugaban frente a su casa con canicas de cristal sobre la tierra reblandecida por la lluvia reciente. En ese momento llegó un grupo de cinco hombres armados con ametralladoras y un lanzallamas. Su padre, un hombre pacífico que nunca había tenido problemas con nadie, salió a recibirlos. Ellos se identificaron como miembros de uno de los varios ejércitos dominados por los Señores de la Guerra en ese país africano, que combaten entre sí por el control de las minas de oro y diamantes, los yacimientos de petróleo y los bosques de maderas preciosas. Los guerrilleros dijeron que tenían la orden de llevarse a todos los chicos que encontrasen en la región para convertirlos en reclutas capaces de llevar un arma en las manos, correr y disparar, y que por eso venían a llevarse a Matías y a su hermano. Los niños comenzaron a llorar asustados. Sabían historias de otros compañeros de la escuela a los cuales habían secuestrado para convertirlos en pequeños soldados condenados a combatir y morir lejos de sus familias. El padre y la madre de Matías suplicaron angustiados a los uniformados que no se llevasen a sus hijos y les ofrecieron todo lo poco que tenían: algunos ahorros, joyas de escaso valor, varios kilos de queso de cabra, carne salada, una radio de onda corta, un burro de carga y un reloj de pájaro cucú heredado de una bisabuela. Ese día los hombres malos se conformaron con eso, pero dijeron que volverían al poco tiempo y que si no tenían nada más para darles se llevarían a los niños.

Después del gran susto que habían pasado, la familia decidió que lo mejor era huir de allí. Buscar otro lugar donde los niños pudiesen vivir, estudiar y jugar en paz. Como los mensajeros del señor de la guerra se habían llevado el

único animal de carga que tenían, y que al mismo tiempo les servía como medio de transporte, el padre tuvo que adaptar un arnés para poder llevar a sus hijos cuando estos se cansasen en el camino. La madre cargaría con el resto de las pertenencias necesarias para sobrevivir y les acompañaría una cabra de la cual obtendrían leche como principal fuente de alimentación. De esta manera, un día después de la desagradable visita de los hombres sanguinarios, la familia de Matías partió de allí para nunca más volver, buscando una tierra tranquila en donde las flores pudiesen crecer sin ser pisoteadas por las botas de los soldados y donde los niños pudiesen jugar a las escondidas sin peligro de quedar mutilados por una mina anti persona.

A las pocas horas de camino alcanzaron la cima de un cerro desde el cual se podía divisar la granja donde habían vivido siempre, en ese momento pudieron ver como los hombres armados habían regresado y al no encontrar a nadie se pusieron a quemar la casa con el lanzallamas. Todo ardió: el taller de carpintería del padre, el telar de la madre, la huerta, el árbol del columpio. Absolutamente todo lo que era su hogar quedó destruido por el fuego pavoroso que utilizaban los hombres llenos de odio. La familia se marchó con lágrimas en los ojos y tristeza en el corazón. Ahora eran refugiados y debían ir en busca de asilo en un país de acogida donde los niños no aprendiesen a matar a sus semejantes.

Matías, su hermano y sus padres caminaron cientos de kilómetros. Pasaron por aldeas destruidas, encontraron a su paso cadáveres devorados por los buitres carroñeros, e incluso tuvieron que esconderse en los bosques al verse atrapados en medio de un fuego cruzado o debajo de un

bombardeo. Todavía en sus pesadillas Matías recuerda el estruendo de las explosiones, los gritos de agonía de los heridos y el llanto de dolor de las viudas y huérfanos sobrevivientes de los pueblos arrasados. Ellos compartían lo poco que tenían con los demás. Pero eran tantos que sus buenas intenciones podían compararse al esfuerzo que hace una hormiguita para intentar detener las aguas de un río que inunda su hormiguero.

Fue por eso que en el jardín de los girasoles Matías se había dejado llevar por el pánico y sufrió ese ataque de histeria, porque al ver a otros niños jugando a los comandos creyó que se trataba de los malos que habían venido hasta el cole a buscarle y llevárselo a la fuerza.

La profe Cristina le abrazó delante de todos y le dijo que no se preocupase, que con nosotros nada malo le pasaría. Luego se dirigió a toda la clase y nos explicó que en muchos países del mundo había en estos momentos niños como nosotros que no iban al cole, porque les habían raptado para obligarles a luchar en las guerras de los adultos y que por eso hacíamos mal en jugar con armas de mentira ya que la guerra, en realidad, era sanguinaria y despiadada y hacía mucho daño a los niños y que desde el día del susto de Matías habían quedado prohibidos los juguetes bélicos en el Colegio del Mediterráneo.

Al terminar las clases, varios de nosotros nos fuimos caminando con Matías. Le hicimos más preguntas y quedamos convencidos de la crueldad e inutilidad de la guerra. Y decidimos hacer algo al respecto, pues cualquier acción, por pequeña que sea, puede llegar a reparar las injusticias de este mundo, sobre todo cuando son los niños quienes sufren.

Nuevamente había que hacer algo para reparar otra injusticia imperdonable. No podíamos permitir que en la tierra de Matías, donde las hormigas construían enormes casas de la altura de un hombre de gran tamaño, los niños fuesen secuestrados y se les obligases a combatir por estúpidas causas que ellos no entendían.

Al salir de clase nos reunimos un grupo de chicos y chicas en el bosque de los almendros para tratar de encontrar una solución. Alberto, el dibujante de cómics, propuso que empezásemos por desarmarnos a nosotros mismos. «¿Qué quieres decir?», le preguntamos. Él explicó que para que muchos niños y niñas del país donde vivíamos tomarán conciencia del problema era necesario convencerles de que las armas no son juguetes ni la guerra un juego. Deberíamos, por lo tanto, organizar una jornada de “desarme infantil”. Es decir, destruir todos los juguetes bélicos que tuviésemos. Nos pareció una idea excelente y al otro día se la comentamos en clase a la Seño Cris. Ella se entusiasmó mucho y comenzamos a preparar el Día del desarme infantil que tendría dos objetivos a conseguir: primero que fuesen los mismos niños quiénes mostrasen su rechazo a los juguetes y juegos bélicos, y en el segundo lugar que se hiciese un llamamiento al mundo entero para que los menores no fueran obligados a intervenir de ninguna manera en los conflictos armados.

Teníamos diez días para prepararlo todo. Invitar a estudiantes de otros cursos y de otros colegios también, pintar pancartas, escribir a la prensa para que divulgase el acontecimiento, y convidar a los fabricantes de juguetes para que se sumasen a la movilización. La profe Cris se puso

en contacto con todos los maestros y maestras de primaria del país a través del correo electrónico, contándoles lo que íbamos a hacer e invitándoles a que se sumasen a la iniciativa que habíamos bautizado con el nombre de “Los niños le dicen adiós a las armas”.

Cinco días después de que decidiésemos montar esta manifestación pacifista o, lo que es lo mismo, cinco días antes de la fecha señalada para que la población infantil se desarmase de juguetes bélicos, la Directora del colegio recibió una llamada desde el Congreso donde trabajaban las mujeres y los hombres que hacían las leyes del país. Los parlamentarios querían que uno de los niños organizadores se hiciese presente en el lugar donde se realizaban las reuniones del Parlamento y les explicase a los legisladores el porqué de nuestra iniciativa. Al parecer se iba a realizar un debate acerca de la venta de armas a las naciones del Tercer Mundo (donde se encuentra la mayoría de los niños soldados) y querían escucharnos a nosotros, ciudadanos menores de edad pero implicados en el asunto, ya que eran pequeños como nosotros quiénes se mataban y herían unos a otros con las armas ligeras (pistolas, fusiles de asalto y metralletas) que les vendían las naciones industrializadas.

La directora habló con nosotros. Debíamos decidir quién debía ir al Congreso en nuestra representación. La decisión no se hizo esperar y fue unánime: debía ser Matías quien con su voz de protagonista de la situación que queríamos cambiar se dirigiese a esos señores y señoras tan importantes dedicados a hacer las leyes que regían al país.

Llegó el día señalado para la “entrega de las armas”. No hubo clase. Lo primero que hicimos al llegar fue depositar en el patio principal todos los juguetes bélicos que teníamos

guardados en casa: muñecos soldados articulados de rostros severos y musculatura imposible, helicópteros que lanzaban destellos por los cañones de sus ametralladoras, aviones réplicas de los reactores de combate que en la realidad cuestan muchos millones y que con el coste de una sola unidad se podía resolver el hambre de una aldea entera en los países del Sur, reproducciones de pistolas automáticas como las que emplean los sicarios niños al servicio de las bandas armadas en América del Sur, videojuegos en los que se ganaban puntos extras torturando prisioneros o arrojando bombas incendiarias sobre la población civil; y así se fue acumulando todo un arsenal de fantasía que demostraba hasta qué punto los niños creíamos que la violencia era entretenida y la muerte un juego. Un camión del Ayuntamiento llegaría más tarde para llevarse todos esos cachivaches bélicos y reunirlos con los recogidos en otros colegios, pues a esa hora en todos los centros de educación primaria del país se estaba llevando a cabo el mismo ritual de despedida de unos juguetes inútiles y nocivos para las mentes infantiles de los futuros adultos. Todo lo recogido volvería a la industria juguetera, que los reciclaría para elaborar nuevos juguetes y juegos, pero esta vez inspirados en la solidaridad humana y la sana diversión.

La jornada fue complementada con diversas actuaciones culturales: obras de teatro escritas por nosotros mismos sobre los niños soldados, exposiciones de pintura sobre el tema, poesías, canciones y la proyección de una película realizada por un director de la India.

Matías no pudo estar con nosotros, pues a esa misma hora vestido con un traje típico de su tierra ancestral que le había hecho su madre, y acompañado por esta y por la

profesora Cristina, se preparaba para hablar ante un nutrido grupo de diputados dispuestos a decidir qué hacer con la exportación de armas. Esos señores y señoras tan ocupados e importantes ya habían escuchado las exposiciones de expertos que se encontraban a favor y en contra de la venta de armas hacia el exterior. Pero únicamente habían conocido cifras frías, estadísticas en blanco y negro, nada que les hiciese reflexionar con el corazón, como se deben pensar todas las cosas importantes de la vida.

Y en ese momento, al finalizar la sesión, apareció Matías, acompañado por las dos mujeres que le estaban apoyando en su noble causa. Subió solo al estrado. La mayoría de los presentes creía que leería un discurso preparado por algún adulto: sus padres, profesores, alguna ONG o incluso algún partido político. Pero nada de eso ocurrió. Matías venció su timidez y en un castellano con acento andaluz y portugués, con sus manos sobre el atril y sus ojos de mirada limpia recorriendo la galería, pidió a los allí presentes que dejaran de darles armas a los niños de su país de origen para que se hicieran daño entre ellos.

Con palabras sencillas y frases directas les contó que ya era difícil pescar en los ríos o bañarse en ellos, porque siempre bajaban muertos flotando. Que cuando vivía allí y escuchaba el sonido de un avión o de un helicóptero sentía pánico y debía quedarse muy quieto, con los brazos abiertos para fingir que era un arbolito. Que los campos de fútbol estaban llenos de minas anti personas y su primo Pascual había perdido una pierna pisando uno de esos diabólicos artefactos cuando iba corriendo detrás de un balón.

Matías insistió en que él no quería dispararle a nadie por defender un trapo de colores o porque un señor mayor

le dijese que eso era de valientes. No, él solo quería estudiar, jugar, soñar, vivir en paz, como podían vivir en paz los niños de este país que le había recibido junto a su familia. Pero quería que fuese igual en todas partes del mundo.

Su intervención fue corta, no duró más de once minutos. Pero no importaba, pues lo bueno si es breve es mucho más bueno. Todos los allí presentes se pusieron en pie y aplaudieron emocionados, ya que ese niño morenito, de mirada inocente y palabras sinceras les había conmovido e iluminado más que todos los expertos escuchados durante los dos días anteriores.

13

¿Qué pasó después? ¿Sirvió para algo todo el tinglado que montamos con Matías y los estudiantes del Colegio Mediterráneo? Pues realmente sí. Lo primero que ocurrió fue que los grandes almacenes y tiendas empezaron a retirar de sus estanterías los juguetes bélicos. Todo lo que representaba violencia, agresión, sangre derramada, combate y odio fue desapareciendo y su lugar fue ocupado por juegos y juguetes alegres que representaban el objetivo original de la juguetería: hacer soñar a los niños.

Los fabricantes entendieron el mensaje. Las ventas de juguetes-armas cayeron estrepitosamente y quiénes todavía los compraban no eran los pequeños, sino adultos que se habían olvidado de reír y amar. Por eso los artilugios para herir y matar fueron reemplazados por juguetes hermosos llenos de vida y creatividad, que enseñaban a compartir la felicidad y no a infligir dolor.

Algunos dijeron que se trataba de una moda pasajera, y que las muñecas que recitaban las tablas de multiplicar, los hospitales para jugar al pediatra y las cometas con forma de gato volador volverían a ser cambiadas por entretenimientos crueles, salvajes y sanguinarios.

Pero eso no sería así, porque nosotros nos encargaríamos de enseñarles a nuestros hermanos pequeños (y luego, cuando creciésemos, a nuestros hijos y nietos) que los juguetes no pueden ser armas y que las armas no son juguetes.

La oratoria de Matías también tuvo resultados sorprendentes. Los miembros del Congreso aprobaron por abrumadora mayoría una Ley que prohibía exportar armamento a países envueltos en guerras civiles, y sanciones económicas para aquellos gobiernos que permitiesen la utilización de niños soldados en los campos de batalla. Asimismo, se destinó un presupuesto millonario para ayudar a los menores de edad en zonas del planeta donde antes había guerra, se produjera un alto al fuego y se iniciaran programas de reinserción social de los combatientes infantiles.

De esta manera, una empresa estatal que se dedicaba al montaje de tanques, vehículos de transporte de tropas y carros de asalto, se transformó en una fábrica de tractores y maquinaria agrícola subvencionada, para ser vendida a cooperativas de campesinos jóvenes en los países del Sur. Igualmente una factoría de armas blancas (cuchillos y navajas), transformó su producción para vender material quirúrgico y odontológico a bajo coste destinado a los centros de salud de naciones tropicales afectadas por epidemias.

Algo funcionaba mal en el mundo e intentamos cambiarlo. Un niño solo no lo hubiese logrado, pero millones sí. Otra buena causa había triunfado.

Pero esta historia no termina aquí. Porque al llegar las vacaciones de verano nuestra profe Cris y su novio (un matemático y astrónomo que ha descubierto dos estrellas y a una de ella le puso el nombre de Cristina) decidieron apuntarse como voluntarios en un programa internacional de ayuda a los niños de la guerra. De esta manera, en vez de hacer un crucero por el Caribe, Cris y Quintín, que así se llama su novio, tomaron rumbo al país de Matías prometiéndole a este que rescatarían a cuantos niños pudiesen.

Y así fue. Viajando a través de parajes inexpugnables en jeep o a lomos de mulas tercas recorrieron las zonas de combate, portando una bandera blanca y distribuyendo volantes en los cuales les pedían a los niños que dejaran las armas y fuesen a los campamentos de reinserción (protegidos por fuerzas de cascos azules de las Organización de Naciones Unidas) donde se les sanarían las fiebres de la selva y las heridas mal curadas, les alimentarían y alguien les abrazaría y les volvería a enseñar a leer las letras de los libros.

Incluso sobrevolaron en un helicóptero alquilado varias comarcas, utilizando potentes altavoces para contar oralmente lo mismo que estaba en los papeles volantes, pero que muchos niños analfabetos no podían entender, porque llevaban largos años en las trincheras, lejos de los pupitres y las pizarras de tiza.

Y de esta manera fueron saliendo de la espesura, tirando sus armas en el camino, abandonando a sus malvados cabecillas, y llegaban a los campamentos de ayuda para tratar de recuperar la infancia robada. En estos lugares de acogida los brigadistas jóvenes del mundo entero preparaban sopas nutritivas, montaban teatros de títeres, jugaban

al ping-pong con los niños, se disfrazaban de payasos, ponían vacunas, tocaban flautas y guitarras, lavaban la ropa de los pequeños y pequeñas ex soldados y luego los conducían de vuelta a sus hogares, sin importar lo lejos que estuviesen.

Alguien le preguntó a Cris si no le importaba hacer ese trabajo gratis, sin ganar dinero. Ella contestó que la mejor paga era ver el reencuentro de unos padres con sus hijos arrebatados por mercenarios y que ellos creían muertos. Eso valía todo el dinero de todos los bancos del mundo juntos.

Pero un poco antes de terminar su labor en África ocurrió una desgracia que casi les cuesta la vida a nuestra profe y a su novio. Un grupo armado recibió la orden de un señor de la guerra local de atacar al vehículo en el que se movilizaban los voluntarios de la organización que recuperaba a los niños soldados, pues eso les estaba causando numerosas deserciones en sus filas. Les tendieron una emboscada y al salir de un poblado rural fueron atacados con granadas de fragmentación. El conductor, un monje budista del Tíbet, aceleró en medio de la metralla, una esquirla le hirió en el cuello pero pudo conducir así durante cuarenta kilómetros hasta llegar a un hospital donde recibieron ayuda médica. El novio de Cris perdió un ojo, y ella quedó con una enorme cicatriz en el brazo derecho. No les importó, pues estaban vivos. Él seguiría observando las estrellas con el ojo bueno y ella seguiría siendo para nosotros, sus alumnos, una de las profesoras más guapas del mundo.

Cristina volvió a clases después de su misión de verano en África. No hay día en que no nos hable de sus niños de allí. Hemos visto fotos, conocemos los nombres de muchos de ellos y estamos muy contentos de que no tengan que

volver a pelear en guerras estúpidas (todas las guerras son inútiles y se pueden evitar).

Ayer por la noche, mientras ayudaba a Mamá a lavar los platos de la cena, ella me preguntó qué estaba canturreando. Le dije que era una canción del África portuguesa que nos había enseñado Matías. Mamá sonrió, no entendía la letra pero le parecía muy bonita. Se la traduje, y ella respondió que era muy hermosa.

Mis padres están muy contentos de que vaya al colegio con niños de todo el mundo y que mis profesores y profesoras sean personas que disfrutan con su trabajo y sueñen con un mundo mejor para nosotros. Esta vez estoy totalmente de acuerdo con ellos.

15

Bueno, ya he terminado este relato sobre mis compañeros de clase: la niña que jugaba al fútbol descalza y metía unos súper goles, y el chico que no quería ir a la guerra y nos convenció de que no jugásemos con armas de plástico. Voy a entregárselo a mi profesora de Lengua para que lo lea. Ella le dijo a mis padres que algún día podría llegar a ser escritor (No estoy muy seguro de eso, pues no conozco a nadie en ninguna editorial).

Mi profe de Lengua se llama Beatriz, le decimos Bea. Ella sola se enfrentó a un grupo racista que quiso meterse en nuestro pueblo. Pero esa será otra historia que me pondré a escribir más adelante, después de arreglar y poner en orden mi habitación.

Biografía

Luis Gabriel David García



Luis Gabriel David García nació en Madrid (España) en un momento de importantes cambios políticos, sociales y culturales en el país. Profesor universitario y de enseñanza media, periodista con experiencia en todos los medios y prosista con una cuantiosa producción inédita.

Ha sido docente en las universidades Pontificia Javeriana y Jorge Tadeo Lozano de Bogotá (Colombia), y en EADE-University of Wales en Málaga. Actualmente es miembro del Departamento de Lengua Castellana y Literatura del IES Universidad Laboral de Málaga.

Por su labor periodística a ambos lados del Atlántico ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio Internacional de Periodismo Científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Premio de Periodismo Ecológico Ecovivario, el Premio de Periodismo de la Fundación Doñana sobre Desarrollo sostenible, el Premio de Periodismo en Salud de la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía, el Premio de Periodismo de la ONG Manos Unidas, el Premio Panda de Comunicación ambiental de la organización WWF, o el Premio de Periodismo CIESPA-Ferrovial sobre el tratamiento de residuos.

Igualmente, en el ámbito literario ha sido galardonado con el Premio de Escenas Teatrales sobre Inmigración e Intercultura-

lidad del Ministerio de Educación de España, y con el Premio de Microrrelato sobre Medio Ambiente de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y el Ayuntamiento de Málaga. También ha sido finalista del Concurso de cuento "Hablando en cobre", de la Fundación Atlantic Cooper; del Concurso internacional de cuento breve "Todos somos inmigrantes"; del Premio Eolo de Microcuentos; del Premio Literario Constantí, "relatos de escuela"; y del Concurso de relato "Educando contra la violencia".

Con esta historia de La futbolista de los pies descalzos y el niño que no quiso ser soldado, premiada en la XXXII edición del Concurso de Poesías y Narraciones Breves HERMANOS CABA", el autor demuestra que los más jóvenes, apoyados por adultos socialmente comprometidos, pueden construir un mundo más justo y seguro para toda la humanidad sin distinción alguna.

**XXXII CERTAMEN DE POESÍAS
Y NARRACIONES BREVES
“HERMANOS CABA” 2020**

POESÍAS 2020

PREMIO TEMÁTICA LIBRE. OBRA:

LA MARCHA NEGRA

AUTOR:

JOSÉ MANUEL REGAL

(Murcia)

PREMIO DENUNCIA SOCIAL. OBRA:

A LA INTEMPERIE

AUTOR:

ISABEL MARÍA PÉREZ RODRÍGUEZ

(Madrid)



NARRACIONES BREVES 2020

PREMIO TEMÁTICA LIBRE. OBRA:

MUERTE DE UN MILICIANO

AUTOR:

JUAN DE MOLINA GUERRA

(Ubrique, Cádiz).

PREMIO DENUNCIA SOCIAL. OBRA:

***LA FUTBOLISTA DE LOS PIES DESCALZOS Y EL NIÑO
QUE NO QUISO SER SOLDADO.***

AUTOR:

LUIS GABRIEL DAVID GARCÍA

(Málaga)